Sra Sanzen

EL ÁNGEL DE SALVACIÓN

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO TIRALASO Y MORENO

Representado en el Teatro de Rojas, de Toledo, en la noche del 10 de Noviembre de 1900.

TOLEDO

IMPRENTA, LIBRERIA Y ENCUADERNACION DE RAFAEL GOMEZ-MENOR

Comercio, 57, y Sillería, 15

1900

A la distinguida actriz D.ª Adela Jarsin, su reconocido amigo.

EL ÁNGEL DE SALVACIÓN

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia

EL ÁNGEL DE SALVACIÓN

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO TIRALASO Y MORENO

Representado en el Teatro de Rojas, de Toledo, en la noche del 10 de Noviembre de 1900.

TOLEDO

IMPRENTA, LIBRERIA Y ENCUADERNACION DE RAFAEL GOMEZ-MENOR

Comercio, 57, y Sillería, 15

1900

PERSONAJES.	ACTORES.
ANGELA	Sra. Monreal.
MARÍA	» Garzón.
MIGUEL	Sr. Miralles.
DON SEBASTIÁN	» Fornoza.
ENRIQUE	» Del Río.
LUIS	» Ramos.
PACO	» Catalá.
PEDRO	» Molina.

La escena en Madrid los dos primeros actos: el tercero en la finca de *Villa-Amparo.*—Epoca actual.

Izquierda y derecha, la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción y es el único encargado de conceder ó negar el permiso de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los ejemplares van contraseñados.

Al distinguido y notable primer actor

DON CARLOS MIRALLES

Á usted que con tanto cariño acogió este mi primer ensayo dramático, y que tanto interés tuvo en su representación, tengo el honor de dedicárselo.

Nada vale y usted sabe perfectamente las muchas deficiencias que tiene y que yo mismo reconozco; sólo siento que tan modesto trabajo no corresponda, como yo quisiera, á sus distinciones para conmigo, á su exquisita amabilidad y á su reconocido talento artístico.

J. Tiralaso.

724456

ACTO PRIMERO

Sala amueblada con lujo, pero sin exceso. En el centro un velador grande. Un sofá á la izquierda. Puertas laterales. En el foro á la derecha puerta de entrada, á la izquierda un balcón. Entre éste y la puerta una chimenea encendida. Es de noche. A ser posible una araña en el centro con luz eléctrica.

ESCENA PRIMERA

DON SEBASTIÁN sentado próximo al velador, leyendo un libro.

¡Ea! Basta de lectura por esta noche. No tengo humor para leer más. Está mi imaginación preocupada con ese desdichado hijo, y todo cuanto leo lo mezclo y confundo con hechos que á Miguel se refieren. Parece que el dichoso autor se ha propuesto escribir la historia de mi hijo con sus vicios y sus caprichos, sus ingratitudes y exigencias, sólo para martirizarme. ¡Desgraciada Angela! ¡qué vida de ingratitudes llevas! ¡Dios premiará tantas lágrimas como te hace verter ese loco! (Pausa.) No, ya no le espero más, ya es hora de retirarme, no puedo hacer á mi edad estos excesos. (Levantándose.) Gracias que pueda resistir tantos disgustos. ¡Angela! (Llamando.) ¡Angela! ¡Pobre mártir de sus locuras! ¡Desgraciada víctima de los vicios de ese malvado!

ESCENA II

DON SEBASTIÁN, ANGELA por la izquierda.

ANGELA. ¿Llamaba usted?

D. SEBAS. Sí, hija, sí. ¿Aún no vino Miguel?

ANGELA. No, señor, aún no. Es temprano. Se habrá entretenido con sus amigos.

D. SEBAS. ¿Temprano y son las doce de la noche? ¡Pobre Angela! ¡Cuántos sufrimientos te proporciona ese desdichado!

ANGELA. No lo crea usted, soy muy feliz. Me he acostumbrado á su carácter y á su modo de ser y ya no sufro. Me hago el cargo que un hombre como él tiene que salir de casa, ir al café, alternar con sus amigos.....

D. SEBAS. Un hombre sin oficio ni beneficio como mi hijo no puede tener esa vida. Más le valiera pensar en ese ángel que Dios os ha dado.

ANGELA. Miguel es bueno, padre, y con los sanos consejos de usted y el amor que esa tierna criatura despertará en su corazón, se hará trabajador, amante de su casa y verá cómo vivimos felicísimos todos.

D. SEBAS. ¡Ah! Angela, tú eres muy buena, no se merece mi hijo una mujer como tú. Buscas disculpas á sus perversidades, quieres encontrar alivio á mis amarguras y tus ojos están delatando las penas de tu corazón y el sufrimiento de tu alma.

ANGELA. (Secándose los ojos.) No, no crea usted que lloro, ¿por qué iba á llorar ahora?

D. SEBAS. ¿Por qué? Porque no eres feliz con Miguel, porque no puedes serlo ¡ea! Se casó contigo

engañándote y engañándome á mí, brindándote felicidades que no podía darte, y haciéndote ver un cielo de venturas y de alegrías para después hacerte vivir en un horrible y negro infierno; sí, hija mía, le conozco, es inútil que disimules; sufres mucho, sufres mucho, ¡pobrecita!

ANGELA. Al lado de usted no hay penas ni sufrimientos; le quiero como á mi propio padre, bien lo sabe, y sus besos y sus caricias desvanecen por completo mis tristezas. Ya verá usted como Miguel se hace bueno, y después, cuando ese adorado hijo sea mayor, cuando se haga hombre, podremos descansar de los trabajos de ahora, y.....

D. SEBAS. (Interrumpiéndola.) Calla, calla, mujer, si estás formando planes que son locuras; hablas de vuestro hijo y tiene ahora dos meses, (riendo) calcula lo que tiene que pasar hasta que sea hombre, como tú dices. ¡Ah! hija mía; yo no veré esa dicha con que sueñas..... yo os abandonaré muy pronto.....

ANGELA. ¡Siempre lo mismo! ¿Quién piensa en morirse?

D. SEBAS. ¿Quién? El que tiene mi edad, el que ha llegado como yo á los setenta y cuatro años y tiene que caminar mirando al suelo, el que como yo marcha casi con las piernas dobladas, como esperando el llamamiento de Dios para caer más pronto ante Él de rodillas.

ANGELA. ¡Pero si está usted bueno! ¡Si no representa ni cincuenta años!

D. SEBAS. (Riendo.) ¡Ya lo creo! ni sesenta, setenta y cuatro Angela, setenta y cuatro; además ya

sabes la afección que tengo al corazón, la fatiga que no me deja nunca, ¡ah! hija mía, conozco mi mal, no puedo durar mucho.

ANGELA. Aprensión de usted.

D. SEBAS. ¡Buena aprensión está! No, hija mía, no es aprensión, es la triste realidad.

ANGELA. No lo querrá Dios, padre mío.

D. SEBAS. Pues creo, pobre niña, que está muy próximo el día en que la muerte, con sus helados dedos, toque al regulador de esta máquina. (Señalando al corazón.)

ANGELA. Viviendo con tranquilidad y teniendo mi cariño y el de mi hermana Dolores, verá usted cómo se restablece por completo.

D. SEBAS. ¡Tranquilidad!, ¡sosiego! ¡Con la vida desordenada de Miguel! ¡Cariños! sí, los tuyos y los de Dolores, porque sois muy buenas; pero él, él, ¡qué cariños ni qué cuidados me presta! Ya ves, hoy no ha aparecido en todo el día, Dios sabe si vendrá esta noche, y mañana..... ¡mañana seguramente los mismos disgustos, iguales inquietudes! ¡Ah! esta noche le espero, le hablaré por última vez, le reprenderé como se merece..... pero verás..... verás el resultado que obtenemos, promesas, buenas palabras, ofertas de enmendarse, para después lanzarse con más violencia por la senda del deshonor y de la perdición, hasta llegar á su cenagoso fondo en un calabozo del presidio.

ANGELA. Por Dios, me hace usted estremecer de terror. No hay que pensar en esas cosas. Usted, querido padre, lo ve todo sombrío y triste.

D. SEBAS. ¡Ojalá se disipen tantas tinieblas y podáis

ver un esplendoroso cielo! Pero creeme Angela, hija mía, el camino que sigue ese desventurado es sólo de sombras y negruras, y Dios quiera que no nos arrastre á los demás envueltos entre ellas. (Pausa.) Hoy le hablaré, sí, de hoy no pasa.

ANGELA. Es mejor que le hable usted mañana, ahora vendrá con sus amigos, tal vez tarde aún, y la noche está muy fría para usted; mañana, antes que salga, le diré que pase á su cuarto y allí le reprende usted cuanto quiera. Acuéstese usted querido papá (con dulzura,) le acompañaré á su cuarto, le va á hacer daño este frío de la noche.

D. SEBAS. No, hija, iré yo solo, ahora estoy bien, muy bien: quizás tengas razón, será mejor mañana. (Aparte.) ¡Tal vez no venga esta noche! (Alto.) Pero, oye, oye, hija mía, descansa tú también, que buena falta te hace, pobre Angela.

ANGELA. Sí, me retiraré en seguida, no tenga usted cuidado.

D. SEBAS. No vayas á estar toda la noche esperando como acostumbras. No se merece ese descastado que te prives del descanso. Adiós, adiós. ¡Bendita seas!

ANGELA. (Besándole la mano.) Hasta mañana.

D. SEBAS. (Aparte.) ¡Desagradecido! ¡ingrato! ¡no sabes lo que vale esta criatura! (Vase por la derecha primer término.)

ESCENA III

ANGELA

¡Siempre igual! ¡siempre las mismas inquietudes, los mismos sobresaltos! ¡Tampoco vendrá esta noche! ¡Dios sabe dónde estará, sin acordarse de su hogar, sin pensar en mí ni un momento! ¡Ah! ¡pensar en mí! Qué pronto desapareció el amor de su corazón para convértirse en duro hielo y glacial indiferencia. Ilusiones de mi vida, dorados ensueños de mi imaginación, alejaos de mí, no me atormentéis con vuestros dulces recuerdos, sólo quiero silencio y sombras, silencio y soledad para no acordarme de la vida, sombras para envolver mi corazón, manantial inagotable de amargura. (Pausa.) No es posible que siga así, no; es insoportable este sufrimiento, esta crueldad injustificada que conmigo tiene. (Se dirige á la ventana del segundo término de la derecha.) Nada se oye, nada. ¡Ah! silencio augusto de la noche, cuándo podré descansar eternamente en tu seno, en la eterna noche de mi vida. ¡Dónde estará Dios mío! quizá consumiendo su vida y su fortuna, tal vez arrojado en los brazos del vicio para manchar después este hogar que sólo amor y caricias para él guarda. No, no lo consentiré, no consentiré su perdición y su ruina. Se oyen voces. (Dirigiéndose otra vez á la ventana.) Sí, sí, es él, es su voz, viene con ese hombre odioso,

que es la causa de sus locuras. Ya entran (volviendo al centro de la escena,) que no vea mi llanto, calla, calla, corazón, ahoga en silencio tus tristezas, no dejes que suban á mis ojos tus ardientes lágrimas, porque los abrasan y me ciegan. Ya suben ¡mi Miguel! ¡mi Miguel! ¡gracias, Dios mío!

ESCENA IV

ANGELA; MIGUEL y ENRIQUE por el foro.

MIGUEL. (Desde la puerta á Enrique.) ¿Ves? Lo que te dije. Aún está levantada. No puedo hacer carrera de ella. No puedo conseguir que se acueste no estando yo en casa, ¡es mucha terquedad!

ANGELA. Sabes que no puedo, ¡estoy tan acostumbrada á esperarte!

MIGUEL. (En tono de broma.) ¡Caramba! Ante todo, te presento á mi distinguido y querido amigo D. Enrique Martínez de Oliver..... mi señora..... D.ª Angela Gutiérrez de Montalbo.

ENRIQUE. (Riendo.) Siempre de broma y de tan buen humor.

ANGELA. Es su carácter así; de broma aunque los demás no lo estemos.

MIGUEL. ¡Qué voy á hacer! Seguir mi costumbre. A mal tiempo buena cara. (A Angela.) Hijita, perdí el dinero que llevaba.

ANCELA. ¡También hoy! ¡Esto es horrible! no escarmientas.

MIGUEL. Sí, hija mía, perdí todo, y lo que me prestó no sé quién..... ochocientas pesetas que fue-

ron buscando mejor suerte en el amigo Ramírez. (A Enrique.) ¿Has visto, hombre, qué talla? Dos barajadas de *primíssimo*.

ANGELA. ¡Jesús, Dios mío!

MIGUEL. ¿Voy á disgustarme por eso? ¿voy á llorar? ¿voy á desesperarme? Peor para mí, otro día vendrá la nuestra..... ¡y en paz! ¿no es verdad, Enrique?

ENRIQUE. Así creo, la fortuna es loca.

ANGELA. No tanto como ustedes.

ENRIQUE. (En broma.) Gracias, Angela. (Aparte, á Angela con marcada intención.) Sus palabras jamás pueden herirme.

MIGUEL. Mi mujer tan oportuna y tan discreta como siempre. Nos ha llamado locos á los dos, por no llamármelo á mí solo, por no decirme que soy un perdido, un hombre disipado, un calavera ¿verdad?

ANGELA. No he querido decir tanto. Sabes que nunca te hablo de esa manera. Eres el dueño de la casa; cuando no haya en ella qué comer, tú sabrás donde buscar el dinero.

MIGUEL. Nadie se muere de hambre.

ANGELA. Pero se muere de sufrimiento y se muere de dolor y de vergüenza.....

MIGUEL. Claro! ¡y de una pulmonía! (En tono de burla.) ¡La muerte tiene infinitas formas!

ENRIQUE. Tiene usted razón para reprendernos, para regañarnos, todo lo merecemos.

MIGUEL. Sólo falta que la des tú la razón. Pronto empezará con sus lloros y se pondrá como siempre, inaguantable.

ANGELA. ¿Y qué quieres que haga? ¿qué quieres que te diga? ¿quieres que apruebe y aplauda la

vida licenciosa que traes? ¿Deseas que el día que como hoy sales de casa á las diez de la mañana y no vuelves hasta la una de la noche, al llegar te ruegue y te suplique que hagas siempre lo mismo? Sería preciso que no te amase ó que me arrancara el corazón del pecho.

MIGUEL. (En tono irónico.) Eso último sería lo más conveniente.

ANGELA. ¡Ah! si pudiera ¡cuántas veces lo haría!

MIGUEL. Con una sería bastante.....

ENRIQUE. ¡Ea! Esto terminó. No sean ustedes niños.

MIGUEL. Es verdad, y en prueba de ello, vamos á bebernos una riquísima botella de Burdeos ó de Borgoña, marca notable, *extra*, aquí, en familia, con la dulce sonrisa en los labios, con el corazón tranquilo, al calor del tierno hogar..... y con toda la poesía, la quietud y la dulzura que mi *bellísima* esposa desea. (En tono irónico.)

ANGELA. (Contrariada.) Pero Miguel, ¡vais á beber á estas horas!

MIGUEL. ¿A estas horas? ¡Ya lo creo! El vino es bueno siempre; con sus vapores lo transforma todo, arranca los pesares del corazón, desvanece las amarguras del alma, las tristes ideas del cerebro, y lo hace ver todo envuelto en una sonrosada neblina de placeres y de alegrías sin límites. ¡El vino!....

ANGELA. (Interrumpiéndole, y en tono suplicante y cariñoso.) Miguel, déjate de beber ahora.

MIGUEL. ¡El vino! ¡el vino! ¡la vida de la humanidad! ¡El divino néctar de los cielos!

ANGELA. Vida que á tí te mata, divino néctar que te envenena.

ENRIQUE. Es mejor dejarlo para mañana; vendré á buscarte temprano y nos beberemos cuantas botellas quieras.

ANGELA. Y siempre igual, siempre pensando en lo mismo, ¡cómo son ustedes!

MIGUEL. Angela. (Seriamente.) Creo que tus palabras serán pura broma, de otro modo no te consiento que intervengas en esa forma en nuestras conversaciones.

ANGELA. Lo creo mi deber.

MIGUEL. (Con malos modos.) Muy mal entendido.

ANGELA. Tengo derecho á indicarte el camino del mal para que de él te apartes.

MIGUEL. Pues conseguirás que lo recorra más aprisa. Soy el único responsable de mis actos.

ANGELA. Pero debo exigirte las consideraciones que á una mujer deben guardársele, á los respetos que has olvidado, al cariño que me juraste.

ENRIQUE. ¿Otra vez van ustedes á disgustarse?

MIGUEL. ¡Juramentos! (riendo,) ¡ja! ¡ja! ¡ja! esos *juramentos* se han transformado en *arrepentimientos*, son promesas que se hacen por pura fórmula social, consideraciones y respetos que ya estoy cansado de guardarte.

ANGELA. ¡Los has guardado alguna vez!

MIGUEL. (En tono de amenaza.) ¡Angela!

ENRIQUE. (Interrumpiéndole.) Vamos Miguel ¿van ustedes á estar disputando siempre? No merece la pena una cosa tan baladí, que no tiene importancia. Hagan las paces como todo matrimonio cariñoso y á descansar que ya es tarde para Angela. (Disponiéndose á salir.)

MIGUEL. He dicho que teníamos que bebernos una

botella y después te irás..... es decir, nos iremos, porque seguramente Luis y Paco nos estarán esperando.

ENRIQUE. Eso no importa, yo les diré que no sales, que esperen hasta mañana.....

MIGUEL. De ningún modo; podrían creer que es una disculpa, una vergonzosa fuga porque he perdido unos cuantos duros: no, iré yo..... iré yo.

ANGELA. ¡Salir otra vez! No, Miguel, no disgustes á tu padre.

MIGUEL. Mi padre no sabe si estoy en casa. Ya sabes que no me convencen nunca esas tonterías. Hace ya mucho tiempo que nos conocemos.

ENRIQUE. Si no quieres salir hoy, mañana los veremos, es lo mismo.

ANGELA. (Con cariño.) Ves, es más razonable Enrique.

ENRIQUE. (En voz baja á Angela.) ¡Qué no haría por complacer á usted!

ANGELA. (Lo mismo á Enrique.) ¡Ah! ¡miserable!

MIGUEL. Nada, no me convencéis. Vete por el Burdeos (á Angela,) y traeme.... dos mil pesetas, las necesito.

ANGELA. ¡Dos mil pesetas! ¡Dos mil pesetas Miguel! Tú has perdido el juicio, ¡de dónde quieres que yo traiga dos mil pesetas!

MIGUEL Pídeselas á mi padre. No puedo prescindir de esa cantidad.

ANGELA. Tu padre está descansando ahora, es molestarle.....

ENRIQUE. Vé sin dinero..... fiarán en tu palabra.....

MIGUEL. ¡Viles disculpas! Acción indigna de un caballero, de un hombre de honor. Es imposible. Quedaría por los suelos ante sus ojos,

y yo no puedo hacer tal cosa, ni consentirla por nada ni por nadie.

ANGELA. ¡Ni por mí! ¡Ah! por mí, ¿qué represento para tí en el mundo? ¡Muchísimo menos que el último de esos..... amigos tan cariñosos y tan buenos que están buscando tu muerte! ¡qué son para tí mi cariño, mis súplicas, mis tormentos, las tristezas de tu padre, la vida de tu hijo!

MIGUEL. Mi hijo me importa más que el mundo entero.

ANGELA. Pues por él te lo pido.

ENRIQUE. Vamos, hombre, accede por esta vez. (Aparte, á Miguel.) ¡Al fin te vencerá!

MIGUEL. No puedo acceder. Pide á mi padre el dinero, dí..... que no he venido aún, que te he escrito desde el Círculo..... cualquier cosa..... pero vé, vé, inmediatamente.

ANGELA. (Suplicando.) Ya sabes como está tu padre, y un disgusto grave á su edad, podría comprometer su vida.

MIGUEL. Son inútiles tus ruegos, tráeme el dinero y terminemos.

ENRIQUE. Tal vez esté despierto aún.....

MIGUEL. Y si no lo está me es lo mismo. Mi padre no se enoja conmigo por tan poca cosa. Vé, no me impacientes más, te he dicho que vayas y has de obedecerme por grado ó por fuerza.

ANGELA. ¡Ah! ingrato, iré, sí, iré, aunque todos muramos por tu causa. Desoyes mis ruegos y y mis súplicas, tú sólo serás el responsable, tú sólo, Miguel, vas á ser nuestro verdugo. (Váse por la derecha, primer término.)

MIGUEL. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Su verdugo! ¿Ves, hombre? ¡Busca lo más horrendo para dominarme! ¡Es muy notable esta mujer!

ESCENA V

MIGUEL, ENRIQUE

ENRIQUE. No hagas caso. Todas las mujeres son lo mismo. Ya verás como á pesar de hablar tanto te trae las dos mil pesetas.

MIGUEL. Ya lo sé, las traerá, no faltaba más, pero..... siento dar otro disgusto á mi padre, ¡está tan enfermo!

ENRIQUE. ¡Vaya! ¿Después de tanta valentía, vas á ser tú ahora el que ande con escrúpulos y miramientos?

MIGUEL. Sí, Enrique, sí, me remuerde la conciencia, pero, ¡qué demonio! este será el último disgusto.

ENRIQUE. ¿Y vas á ser capaz de abandonar á tus amigos, para meterte en tu casa como un fraile cartujo en su celda, privándote de diversiones y de distracciones que te son necesarias?

MIGUEL. (Riendo.) ¡Claro! ¡como trabajo tanto! necesito distraerme.

ENRIQUE. No trabajas, pero estarte constantemente al lado de tu familia, oyendo sermones y consejos de uno y de otro, siempre con advertencias y lloriqueos, no es propio de hombres como tú, de hombres de carácter independiente.

MIGUEL. No, si ya sé que no puedo hacer esa vida.

Si ya no puedo dominarme á mí mismo. Si no sé qué tiene esta casa para mí, que en ella parece como que se van estrechando sus paredes cada vez más para ahogarme. No sé si es desesperación..... si es aburrimiento.....

ENRIQUE. ¿Quiéres que te diga lo que te sucede?

MIGUEL. ¿El qué?

ENRIQUE. Que no amas á tu mujer, que no quieres á Angela, ¿no es esto?

MIGUEL. Ya lo sabes. No puedo quererla por más que yo quisiera idolatrarla. Me casé sin amor, sin cariño, por uno de esos caprichos vanos y ridículos que tiene el hombre, creyendo que llegaría á amarla, no ha sido así, y créeme, Enrique, me es..... indiferente, me es casi odiosa.

ENRIQUE. (Con satisfacción mal disimulada.) De eso no tienes tú la culpa. En el corazón no se manda. El amor vehemente, la pasión abrasadora brotan de su fondo (señalando al corazón) cuando á él le place, y en vano es proponerse *querer* y *amar*, cuando esos cariños no han echado raíces, ni han nacido entre sus fibras.

MIGUEL. Lo siento por mi padre y por esa criatura que Dios nos ha dado para estrechar más los lazos que me unen á ella.

ENRIQUE. Angela tampoco te quiere mucho.....

MIGUEL. Eso no; me ama ciegamente, pero su cariño me hastía.

ENRIQUE. ¿Y si ese cariño lo finge? ¿Y si son engañosas apariencias para hacerte ver un amor que no existe, un cariño que no siente?

MIGUEL. ¿A qué iba á fingirlo?

ENRIQUE. ¡Quién sabe! Para dominarte, para hacerte un juguete suyo, para tenerte como un perro á sus pies constantemente.

MIGUEL. Pues no lo conseguirá; yo te lo aseguro.

ENRIQUE. Luego..... y dispénsame esta libertad de hablarte con tanta franqueza, sabes que desde niños nos conocimos, nos hemos criado más que como amigos, como dos verdaderos hermanos, y por eso te hablo así; hasta me creo que ella, solamente ella, es la causante de los disgustos que tienes con tu padre, no le oculta nada, todo se lo cuenta, y seguramente aumentando las cosas y revistiéndolas de importancia. Yo, chico, en tu caso, hubiera tomado una seria determinación. Ya ves, ya ves ahora como procura complacerte.

MIGUEL. Si no fuese por mi padre.....

ENRIQUE. Lo comprendo, sí; tienes razón, pero..... también es muy triste que un hombre esté dominado por una mujer..... ese dominio es depresivo..... es humillante.....

MIGUEL. ¿Pero qué dices? ¡Dominado yo por ella! (Riendo.) Ya me conoces. Ella suplica..... ella ruega..... yo frialdad..... indiferencia..... el desprecio.....

ENRIQUE. Sí, sí; ya veremos, ya veremos más adelante. Así se empieza y nadie sabe como acaba.

MIGUEL. ¡Acabando con ella!

ENRIQUE. ¡No tanto, hombre! Yo te doy mis consejos, tú aceptas los que te convengan.

MIGUEL. (Impaciente.) ¡Pero qué hará allá dentro!

ENRIQUE. Echando leña al fuego.

MIGUEL. Sí, seguramente. Nada, no viene ¿qué hacer?

ENRIQUE. Quizá fuese preferible que me acercase á decirles que nos esperen.

MIGUEL. ¡Claro! ¿Cómo me presento sin dinero?

ENRIQUE. Esto es tratarte como á un niño. Si no vuelves, sabe Dios lo que pensarán de tí. Ya sabes que en este momento nada puedo ofrecerte.....

MIGUEL. Lo sé, gracias, yo iré; pero vé, vé á decirles que me esperen, que voy en seguida, que no falto, suceda lo que suceda.

ENRIQUE. Es lo mejor; allí te esperamos, no tardes y..... no cedas de ningún modo.

MIGUEL. Descuida, hasta ahora.

ENRIQUE. (Saliendo por el foro). Yo haré que te aborrezca esa mujer. (Váse.)

ESCENA VI

MIGUEL paseando intranquilo, nervioso.

¡No sé qué hará allá dentro! Sabe dónde tiene el dinero mi padre; no tiene más que abrir el cajón de la mesa.... pero es capaz de fingir cualquier cosa con tal de que no salga esta noche. (Pausa.) No, no quiero entrar, porque entre mi padre y ella van á volverme loco. Esta mujer va á ser mi perdición. ¡Ah, no se vence tan fácilmente un carácter; no se doma una voluntad con hipócritas sollozos! ¡Angela! (Llamando en voz baja en la puerta de la derecha, primer término.) ¡Angela! Nada, nada. Quedaré mal con mis amigos, con todo el mundo. ¡Ah! ¡Esto es

insoportable! Estará hablando con mi padre; le estará angustiando con sus lloros. Sí, tiene razón Enrique; es capaz de contarle mil ridículas historias para atormentar al pobre anciano y presentarme á sus ojos como un vil, como un canalla. (Mirando otra vez á la puerta.) Y se pasa el tiempo y esa gente creerá que ha sido una fuga estudiada, un recurso vergonzoso para salir del Círculo. ¡Ah! Esta mujer quiere que se reconcentre en mí toda la rabia y la desesperación y cuando estalle lo invada y lo destruya todo como un inmenso torrente. Ya viene, sí. ¡Gracias á Dios que has vuelto!

ESCENA VII

MIGUEL, ANGELA por la derecha primer término; al final D. SEBASTIAN.

ANGELA. Miguel de mi vida, no salgas esta noche.

MIGUEL. ¿Eso piensas? El dinero.

ANGELA. (Suplicándole con cariño.) Es muy tarde, descansa; mañana volverás con esos amigos que son tu perdición.

MIGUEL. Déjame, déjame de consejos; he dicho que me esperen y no voy á faltar á mi palabra.

ANGELA. ¡Vas á perder más! Vas á pasar otra mala noche. Miguel, por tu padre, por nuestro queridísimo hijo te lo pido. Vas á caer enfermo; estás muy nervioso; descansa.

MIGUEL. ¡Acabarás de una vez! Siempre las mismas exigencias; no, no cedo; me convertirías en juguete de tus caprichos.

ANGELA. ¡Dominarte á tí! No, Miguel; es por tu bien, por el inmenso cariño que te profeso, porque quiero que vivas para mí, que me ames como te amo.

MIGUEL. ¡Eres terca y tenaz! Es inútil que insistas.

ANGELA. Mira, Miguel: llevas muchos días sin descanso.... tu padre está intranquilo.

MIGUEL. Me estás violentando con tus impertinencias y sólo vas á conseguir irritarme más; trae el dinero.

ANGELA. ¡Ah, ingrato!

MIGUEL. Vas á agotar mi paciencia y no respondo de lo que haga.

ANGELA. Tu paciencia se agota pronto. ¡El cáliz de la amargura es el que jamás se agota para mí!

MIGUEL. (Cogiéndola violentamente por un brazo.) ¡Pues le vas á agotar esta noche!

ANGELA. ¡Ah! ¡suelta! ¡me haces daño! ¡no tienes corazón!

MIGUEL. No sé, no sé si lo tengo; para tí nunca.... trae.... (Luchando con ella para quitarle el dinero.) Si has de dármelo al fin.... ¡Desdichada!

ANGELA. (Gritando.) ¡Favor! ¡favor! ¡me lastimas! ¡cruel! toma, toma (dándole unos billetes que Miguel guarda precipitadamente.)

MIGUEL. Así, ¿lo vés? ¿qué creías? ¿que yo iba á ceder?

ANGELA. ¡Con eso comprarás tu muerte!

MIGUEL. ¡La tuya va á costar menos!

ANGELA. ¡Ah! (Huyendo de Miguel.)

D. SEBAS. (Por la derecha, primer término.) ¡Cobarde! No eres digno de llevar mi nombre. Vete, Ángela, vete allí dentro.

ANGELA. ¡Por Dios, padre!

D. SEBAS. Nada temas; las fieras más sangrientas y más feroces, son á veces las más cobardes. Mira, mira como esconde la cara de vergüenza.

ANGELA ¡Por piedad!

D. SEBAS. (Llevándola con cariño hacia la puerta de la izquierda, primer término.) Vete, pobre Angela, no temas.

ESCENA VIII

MIGUEL, D. SEBASTIAN

D. SEBAS. ¡Mal hijo; eres un cobarde y un mal hombre!

MIGUEL. Padre..... ¡perdón!

D. SEBAS. Esa palabra podías haberla pronunciado hace un momento, pero de rodillas y besando los pies de esa santa, á quien estás haciendo una mártir.

MIGUEL. Yo también sufro, yo también me desespero; ella tiene la culpa.

D. SEBAS. Calla, eres tú el que la atormentas cruelmente, eres tú el que martirizas sin compasión á esa mujer, que es todo amor y cariño, y á la cual pagas sólo con ingratitudes y desprecios.

MIGUEL. Trata de sujetarme en casa como á una criatura, y eso no puedo sufrirlo.

D. SEBAS. Quiere sujetarte porque te ama, porque ve que la vida de crápula que estás haciendo va á ser la causa de nuestra ruina completa, porque ve que vas á arrollar en tu marcha, dichas, nombre, fortuna, honra.....¡todo!

porque desea apartarte de la inmensa sima que amenaza devorarte y está viéndote asomado á su tenebroso borde; por eso, por eso ¡ingrato! es por lo que quiere tenerte á su lado.

MIGUEL. Comprende, padre, que no puedo quedar en ridículo con mis amigos.

D. SEBAS. No se hace el ridículo con gentes que desconocen la dignidad.

MIGUEL. Mis amigos son todos dignos y honrados.

D. SEBAS. ¡Tan dignos como tú! La dignidad que tiene el hombre que maltrata á una mujer.

MIGUEL. Sólo fué una amenaza.

D. SEBAS. Hay amenazas que duelen más que los golpes, desprecios y palabras que penetran hasta el fondo del corazón para herirlo. ¡Qué quejas puedes tener de esa mujer para darla una vida de tormentos y de martirios!

MIGUEL. No sé, no acierto á comprenderlo, es una antipatía profunda..... es una repulsión odiosa la que siento..... caracteres diferentes, indiferencia nacida en el alma y que me hacen vivir cada vez más violento..... más nervioso..... más desesperado.

D. SEBAS. Eso podías haberlo visto antes, no ahora que has derrochado su fortuna, que has vendido sus fincas, y has tirado todo su capital en satisfacer todos tus vicios; no ahora que tenéis un hijo, eslabón con el que los cielos han unido su virtud con tu impureza.

MIGUEL. Ese hijo es el que me detiene porque le le adoro, ¡ah! si no.....

D. SEBAS. (Interrumpiéndole.) ¿Qué? ¡qué ibas á hacer,

desdichado! ¿En dónde ibas á encontrar calma, cariño, sonrisas de amor puro y noble! ¡En los inmundos lugares que frecuentas! ¡Ah! ¡pobre Angela! ¡pobre flor entre las garras del tigre! ¡cómo puede brotar el amor de tu pecho, si sólo amarguras y dolores deben brotar de su fondo! Ingrato, ingrato, pide perdón á ese ángel, vé á secar su llanto, que las lágrimas de esa mujer purifiquen tu alma.

MIGUEL. Sí, padre..... mañana..... ahora no es posible..... tengo que salir.....

D. SEBAS. ¿Salir otra vez?

MIGUEL. Un compromiso ineludible..... he empeñado mi palabra.....

D. SEBAS. No, no se vuelve á salir, te lo prohibo Miguel, te lo prohibo.

MIGUEL. Reflexiona, padre, el ridículo en que he de quedar; no puedo complacerte..... siento en el alma contrariarte..... pero no tengo otro remedio.

D. SEBAS. Has de obedecerme..... ¡soy tu padre!

MIGUEL. ¡Ah! padre..... no puedo..... no puedo..... mañana lo que quieras..... hoy no es posible.....

D. SEBAS. ¿Me desobedeces? ¡desatiendes mis ruegos! ¡qué ingratitud! ¡qué sufrimiento!

MIGUEL. ¡Padre!

D. SEBAS. Anda, anda, sí, eres libre, sí, vé á corromper tu corazón mientras yo ahogo en lágrimas el mío y me muero de sufrimiento, (Váse llorando por la derecha, primer término.) ¡Mal hijo! ¡mal hijo! ¡ingrato!

ESCENA IX

MIGUEL

¡Padre! ¡padre! Si no es posible detenerme, no es posible. Perdóname, siento no complacerte, pero he dado mi palabra..... no, no puedo faltar..... Adiós, padre, adiós..... (Pausa.) No sé, no sé si debo entrar y pedirles perdón á los dos..... confesar mi culpa..... decirles que soy un mal hijo..... un mal esposo y arrojarme á sus pies..... y besar sus frentes..... ¡ah! ¡pobre padre! sí, (dirigiéndose hacia la puerta de la derecha, primer término,) ¡pobre padre mío! ¡esta noche no salgo!

ESCENA X

MIGUEL, ENRIQUE, PACO Y LUIS por el foro.

ENRIQUE. ¿Aún estás así?

LUIS. ¡Podíamos estarte esperando! Ya veníamos á buscarte cuando encontramos á Enrique.

MIGUEL. Voy, voy en seguida; precisamente iba á salir en este momento.

PACO. Si vienes por compromiso....

MIGUEL. No hay compromiso ninguno; quedan mi padre y Angela tranquilos.

ENRIQUE. Creímos que te habían convencido. (Aparte.) ¿Te dió el dinero?

MIGUEL. (Aparte.) Sí, todo.

LUIS. ¿Qué esperamos?

MIGUEL. Por mí, uada. Cuando gustéis estoy á vuestra disposición.

PACO. ¡Miguel! ¡A la revancha!

LUIS. ¡Al desquite!

ENRIQUE. Y juega sin miedo.... Calma y mala intención.

MIGUEL. ¡Vamos! (Se presenta Angela por la izquierda, primer término.)

ESCENA XI

MIGUEL, ENRIQUE, PACO, LUIS y ANGELA

ANGELA. (En tono suplicante y con temor.) ¡Miguel! Oye, oye un momento.

MIGUEL. ¿Qué? (Separándose del grupo y viniendo con Angela hacia la izquierda de la escena.) ¡Otra vez! ¿qué quieres?

ANGELA. (Cogida á Miguel con cariño y en voz baja.) ¡Escucha! una palabra: no salgas, Miguel, no salgas esta noche.

MIGUEL. ¡Angela! (En voz baja y procurando desprenderse de ella: los amigos, próximos á la puerta del foro, permanecen mirando con extrañeza á ambos.) ¡Me estás avergonzando!

ENRIQUE. Entonces, Miguel.... nos retiramos....

PACO. Quédate....

MIGUEL. (Sonriendo.) De ningún modo.... Es que Angela.... tiene unas tonterías....

ANGELA. (Aparte á Miguel con profunda angustia.) ¡Me muero, Miguel! ¡Estoy enferma! ¡no vayas!

MIGUEL. (En voz baja y rechazándola.) ¡Qué me importa! (Alto.) ¡Vamos!

ANGELA. ¡Ah! ¡Dios mío! (Cae sollozando en el sofá.)

MIGUEL. Vaya, señores, al Círculo.

LUIS. Queda llorando....

MIGUEL. Se la pasa pronto ¡nubecillas de verano! (Salen todos hablando y riendo.)

ENRIQUE. (Aparte al salir y mirando á Angela.) ¡Yo haré que se forme la tormenta!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MIGUEL de luto, ENRIQUE, LUIS y PACO, sentados todos alrededor del velador, jugando al monte; próximo á ellos, otro velador pequeño con varias copas de licor y botellas casi vacías. Sobre el velador grande, habrá algunos periódicos.

MIGUEL. (Tallando.) Haced juego haber si termináis con lo que queda de banca.

ENRIQUE. Al paso que vas no has de tardar mucho tiempo.

MIGUEL. ¿No jugais más?

PACO. Voy con Enrique al siete estos sesenta duros.

MIGUEL. No va más. (Pasando cartas.) ¡Ea! no se puede hoy con este hombre. (Tira la baraja sobre la mesa; Enrique la recoge y empieza á pasar cartas.) ¡El dichoso siete! ¡Estaba visto!

LUIS. No tan visto, que entonces no hubiera perdido yo mis veinticinco duros.

MIGUEL. Tú eres de los míos, jugar cuando se pierde y mirar cuando se gana.

PACO. Desgraciado en el juego, afortunado en amores.

MIGUEL. (Con indiferencia.) Yo soy desgraciado en las dos cosas. (Pagando.) Sesenta que hacen ciento veinte.

ENRIQUE. Mira, mira..... podías haber tirado un elijan.

PACO. Y lo pierde seguramente.

MIGUEL. Hoy he perdido cerca de seis mil pesetas.

LUIS. Por desgracia he participado de tu mala sombra; te empeñas en que hemos de jugar aquí, y siempre te pasará lo mismo; no quieres convencerte.

MIGUEL. Es muy pronto para salir de casa; no hace aún veinte días que murió mi padre. ¿Dónde voy si todo el mundo me conoce en Madrid?

ENRIQUE. Aquí no estamos mal.

MIGUEL. (Riendo.) No; no podeis quejaros, no habeis cesado de ganar todas las noches. Mi desgracia ha sido una fortuna para vosotros. ¡Así es el mundo!

ENRIQUE. Fortuna, nunca. Ya sabes que participamos de tus desgracias como si fuesen nuestras. ¡Pobre D. Sebastián!

MIGUEL. Sí; ¡pobre padre mío! Desde aquella noche en que desoyendo sus súplicas y las de Angela les dejé abandonados, no volvió á levantar cabeza.

LUIS. Murió á los pocos días, ¿verdad?

MIGUEL. Sí, á los once días justos. (Con tristeza.) Aquel disgusto le costó la vida.

PACO. (A Miguel.) A tí lo que te conviene es salir y distraerte.

MIGUEL. Es pronto, Paco, es muy pronto; siquiera esperaré que haga el mes.

ENRIQUE. Esas son tonterías; el luto en el corazón,

Miguel. Lo mismo sientes á tu padre aquí que en el Círculo, que en cualquier parte en que te encuentres.

MIGUEL. Me pondría en ridículo ¡qué dirían de mí!

LUIS. Si vas á preocuparte por el *qué dirán*, no debes salir nunca de tu casa.

MIGUEL. No hago caso de murmuraciones ni de críticas; pero ahora es muy pronto; sería inhumano.....

PACO. ¡Ea! Dejémonos de tristezas; esta es la vida.

LUIS. (Bebiendo de las copas de licor.) Pues mira, hagamos por ella. ¿No apuráis este rico *Chartreaux*?

MIGUEL. No; dejemos esto, que quiero que probéis un vino excelente de Borgoña, marca *Richebourg*, vino *extra*.

PACO. Dejémoslo para otro día.

MIGUEL. Lo beberemos en mi despacho tranquilamente y sin ruido.

LUIS. ¿Y si se enoja tu mujer?

MIGUEL. No es motivo para ello. ¿Qué tiene de particular que os obsequie y corresponda á vuestras atenciones, aunque no sea en forma tan espléndida como os merecéis y yo quisiera?

PACO. Bueno, bueno; pues gracias y aceptado; con eso podremos ver tus trofeos de caza y tus armas, que creo son excelentes.

MIGUEL. (Llamando.) ¡Angela! ¡Angela! (A Paco.) No valen nada. Sólo una escopeta inglesa y unos cuchillos de monte, por lo artísticamente trabajados valen algo, ya los veréis; lo demás vale muy poca cosa.

ENRIQUE. Vamos á molestar á Angela.

MIGUEL. No hay molestia de ningún género; ¡no faltaba más!

ESCENA II

DICHOS y ANGELA por la izquierda.

ANGELA. (Con traje de luto.) ¿Llamabas, Miguel? (Saludando.) Señores....

ENRIQUE. A los pies de usted, Angela. Siempre proporcionando á usted impertinencias. (Aparte á ella.) Y siempre tan hermosa.

LUIS. Quiere Miguel obsequiarnos con un Borgoña especial.

PACO. ¡Es tan amable!

ANGELA. ¿Y cómo no, siendo ustedes sus cariñosísimos amigos, sus inseparables consejeros, los que procuran distraerle y alejar de su mente los tristísimos recuerdos de tantas desgracias como sobre él pesan? (Con ironía.)

MIGUEL. Ciertamente, y para corresponder á sus atenciones, has que lleven una botella de Borgoña *Richebourg*, á mi despacho, quiero que prueben esa marca.

ANGELA. (Aparte á Miguel.) ¿Tienes valor para pedir vino?

MIGUEL. (Lo mismo á Angela.) Eso no es cuenta tuya. (Alto.) Justo, de esa marca, (disimulando su enfado con Angela,) y dí que la lleven en seguida.

ANGELA. (Aparte y saliendo por la izquierda, segundo término.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Para qué quieres que viva así!

MIGUEL. Es una marca estimadísima.

ENRIQUE. Es mi vino favorito, pero es caro. (Sentándose y repasando un periódico.)

LUIS. ¡A tí te importará mucho su precio! Si yo

tuviese los miles de duros que tú tienes, también lo bebería.....

ENRIQUE. No tanto, no tanto, para ir viviendo nada más.

PACO. Y triunfar y gozar del mundo. Sólo *Villa-Amparo* vale una fortuna.

MIGUEL. No se lo cambio ahora por una copa de Borgoña.

LUIS. Veremos ese notable *Richebourg*.

ENRIQUE. Es mejor para mi gusto que el *Macón* y que el *Santenay*.

MIGUEL. Ya lo creo. Indudablemente es de las mejores marcas.

PACO. No conozco ninguno de los tres. He preferido siempre los vinos españoles, el sabroso *Riscal*, el rico *Terán*, el rioja *Palomar*, esos, esos son vinos y no los extranjeros, que la mayor parte de ellos están hechos de los desperdicios que nosotros les vendemos de los nuestros.

ENRIQUE. Cuestión de gusto y de paladar.

LUIS. Y de dinero.

MIGUEL. Creo que es más bien cuestión de capricho, con los vinos sucede lo mismo que con las mujeres, á unos les gustan las que á otros les son indiferentes; sólo el capricho.

LUIS. Sí; pero para satisfacer esos caprichos hace falta de *l'argent*.

ENRIQUE. ¡Claro! Como para todo.

ANGELA. (Por la izquierda segundo término.) Ya está preparado en tu despacho.

MIGUEL. Pues cuando gustéis. Una copa de buen vino, una galletita y un excelente habano *Henry-Clay* es lo que os ofrezco.

ENRIQUE. Eso último no lo perdono, el vino os lo cedo, conozco ya ese rico Borgoña. Voy á enterarme de la cotización de hoy y os sigo.

MIGUEL. Como quieras; pronto volvemos. (Salen por el foro Miguel, Paco y Luis hablando.)

ANGELA. (Va á salir y Enrique se interpone.) ¡Ah! ¡Siempre este hombre!

ESCENA III

ANGELA y ENRIQUE

ENRIQUE. ¿Por qué huye usted de mí?

ANGELA. Déjeme usted; no quiero escucharle.

ENRIQUE. Dispénseme usted, Angela, va usted á oirme un momento, tengo que hablarla. Era tan grande el deseo que sentía por verla otra vez sola, para repetirla lo que mil veces ha oído usted de mis labios, que hubiera dado goces y fortuna..... y ahora, Angela, ahora que estoy viendo esa mirada que me fascina, todas las ideas y todas las palabras se precipitan de golpe á mi imaginación y á mis labios, y no se qué decir ni qué pensar.

ANGELA. No más, Enrique, no puedo oirle, es usted un miserable.

ENRIQUE. Es que usted hace que mis ojos cieguen, que mis labios enmudezcan, que mi corazón se ahogue en profundo océano de tormentos.

ANGELA. Apártese usted, apártese usted ó grito.

ENRIQUE. No, eso no, (interceptándola el paso,) porque todo el sublime amor que usted me inspira, se convertiría en frenético delirio y como un

monstruo brutal me lanzaría á despedazarla. No, Angela, no, no tema usted, oígame usted un solo instante, yo la profeso un amor grandioso, que hace que á usted la vea en todas partes, que usted lo ocupe todo, porque la veo en el cielo como aparición divina, flotando entre nubes de aromas y colores y luz y poesía, y la veo en la tierra como sueño ideal rodeada de aureola luminosa, y la veo en mi alma grabada en su fondo.

ANGELA. ¡Es usted un malvado! ¡un traidor de Miguel!

ENRIQUE. (Con risa irónica.) De Miguel, de un esposo que la odia, de ese hombre indigno de su cariño, que he de conseguir que la aborrezca.

ANGELA. ¡Ah!, no, no lo logrará jamás.

ENRIQUE. Si usted oye mis ruegos, yo la prometo devolverla el cariño de Miguel; pero en cambio, si desprecia usted mi amor, mi fortuna y mi vida que la ofrezco, la juro que lograré que la aborrezca, que la odie, que la deteste. Perdón, perdón, (con exaltación,) sí, estoy loco, habla el corazón, perdonadme Angela. Yo huiría con usted..... lejos..... muy lejos de esta vida de tormentos y de sombras.....

ANGELA. ¡Es usted un villano!.... un.....

ENRIQUE. (Interrumpiéndola.) Sí, todo, todo lo que queráis, un villano, un infame, un miserable, un loco; pero todo por su amor, todo por usted Angela.

ANGELA. Mal amigo, si ha de saberlo Miguel, si he de decírselo todo, que él sabrá contestar á tanta infamia.

ENRIQUE. Si llegáis á decir una palabra, ese día, ese día Miguel muere.

ANGELA. ¡Ah! no lo haréis.

ENRIQUE. No, no lo haré porque usted cederá, usted se convencerá de que ese hombre la odia.

ANGELA. (Con angustia y arranque de amor.) Pero le amo, es el padre de mi hijo, ¡aún puedo sufrir más! ¡Dios me dará valor!

ENRIQUE. ¡Quizá tarde!

ANGELA. ¡Nunca lo será para salvar mi honra!

ENRIQUE. (Acercándose violentamente.) Pues, yo la haré girones.

ANGELA. (Rechazándole con energía.) No, no me toque usted, su perfidia mancha todo cuanto me rodea.

ENRIQUE. Piense usted en el suplicio que la aguarda. Conmigo sería usted feliz, ¿queríais riquezas? pues mi vida entera sacrificaría por lograr todo el oro que sus deseos anhelaran.

ANGELA. Si mi salvación dependiese de su mano, rechazaba mi salvación una y mil veces.

ENRIQUE. ¿Tan grande es la repulsión que la inspiro? Tenga usted piedad.

ANGELA. No, nunca, ¡nunca!

ENRIQUE. (Con desesperación.) ¡Ah! buscaré vuestra ruina, vuestra desesperación, vuestra muerte.

ANGELA. ¡Si no le temo! Desgarraría usted mi alma, destrozaría usted todas las fibras de mi corazón, y al romperlas sólo brotaría amor para mi Miguel, para usted, odio profundo, desprecio inmenso.

ENRIQUE. Angela..... (En tono suplicante.)

ANGELA. Déjeme usted, déjeme usted, que su aliento envenena la atmósfera y me faltan las fuerzas..... me falta la vida..... (Dirigiéndose hacia la izquierda, primer término.)

ENRIQUE. Una palabra..... ¡una esperanza!

ANGELA. De desprecio no más, ¡sólo desprecio! ¡miserable! (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV

ENRIQUE

(Contemplándola al salir.) ¡Eres de hierro! Pero te venceré. Los montes de granito los deshace la mina en mil pedazos, á tu corazón por fuerte que sea lo minarán lás lágrimas. ¿Quiéres lucha? pues, bien, lucha implacable, guerra sorda y sangrienta. (Se oye hablar á Miguel y á sus amigos.) Ya vuelven. Veremos quién puede más, tú á conservar su amor, yo á destruirle.

ESCENA V

ENRIQUE sentado, MIGUEL, LUIS Y PACO por el foro.

PACO. Magníficas armas y soberbio Borgoña.

ENRIQUE. ¡Hola! ¿Ya estáis de vuelta?

LUIS. Te has perdido un rato soberbio.

ENRIQUE. Tengo muy vistas todas esas preciosidades.

MIGUEL. (Entregándole un cigarro.) Lo prometido.

ENRIQUE. Que lo agradezco y me lo fumo. (Encendiendo el tabaco.) ¿Qué tal os han parecido los cuchillos?

PACO. Tan notables como el *Richebourg*, aunque insisto, con perdón de Miguel, en colocar en primer lugar nuestros *Riojas*.

LUIS. La escopeta del estuche es magnífica, una verdadera obra de arte.

MIGUEL. Se la regalaron á mi padre de Inglaterra. Es la alhaja del despacho; pero vamos, que el vinillo tampoco os ha disgustado.

PACO. Creo que le hemos hecho los honores. (A Enrique riendo.) Chico, ha caído toda la botella.

MIGUEL. ¡Bah! entre tres no es mucho.

ENRIQUE. Y que es un vino que se bebe solo.

LUIS. No, pues ahora nos le hemos bebido nosotros.

MIGUEL. Ya sabéis que aún quedan algunas botellas de marcas muy estimadas. Mi padre tenía buen repuesto.

PACO. Ya se conoce por la muestra.

ENRIQUE. Por mí no ha de quedar. Mi finca de *Villa-Amparo*, está á vuestra disposición, nos vamos todos un día, ó dos, ó los que queráis, y se prueba esa magnífica escopeta inglesa en los conejos que están minando la dehesa.

PACO. Aceptado, idea excelente, un paso de Madrid.

ENRIQUE. Y si queremos vamos en mi coche.

LUIS. Menos nos cansaríamos, aunque estando tan cerca es preferible ir á pie.

MIGUEL. Poco á poco, señores, yo no puedo ir todavía.....

ENRIQUE. No veo la razón. Nadie puede criticarte porque salgas con unos amigos al campo, á distraerte, á respirar aire puro, á limpiar los pulmones. A no ser que Angela..... te obligue.....

MIGUEL. ¿A mí..... Angela?

ENRIQUE. Es que parece no te atreves á salir.....

MIGUEL. Si era libre cuando mi padre vivía, ¿no he de serlo ahora que estoy sólo..... con ella?

ENRIQUE. Vamos, que el cariño, y los halagos, y los mimos..... te detienen mucho.

MIGUEL. ¡Halagos! ¡caricias! Ya sabes mi modo de pensar.

PACO. ¡Pobrecilla! es muy buena.

LUIS. Ya lo creo.

MIGUEL. (En tono de burla.) Sí, un ángel..... sin alas.

LUIS. Esas son cuestiones delicadas para tratarlas entre muchos; nadie mejor consejero que el corazón de uno mismo.

MIGUEL. Si no me conociérais, creeríais que era un pobre de espíritu, un enfermizo, un apocado.....

PACO. Bonito genio es el tuyo, ¿quién va á pensar tal cosa?

ENRIQUE. Pues, yo no toleraría ciertas súplicas, que parecen más bien imposiciones.

MIGUEL. Esas no las tolero de nadie.

ENRIQUE. Pero las consientes de ella, ó no lo quieres comprender.

LUIS. Ustedes tienen muchas ganas de discutir y yo voy á ver si *me nivelo,* que buena falta me hace.

PACO. Te acompaño hasta las ocho solamente.

LUIS. Tú, Enrique..... ¿qué haces?

ENRIQUE. Voy á quedarme un momento, allí iré.

PACO. ¿Nueva discusión? ¡Sois irreconciliables!

ENRIQUE. No hay cuidado, somos *inseparables.*

MIGUEL. (Despidiéndose de ellos.) Hasta la noche, que supongo no faltaréis.

PACO. Sin duda alguna; hay que hacerte la tertulia.

LUIS. Adiós, Miguel, y no hagas caso á ese loco.

MIGUEL. Es muy buen amigo; siempre discutiendo, pero queriéndole mucho.

PACO. Como nosotros. (Salen Paco y Luis por el foro.)

ESCENA VI

MIGUEL y ENRIQUE

ENRIQUE. Siento en el alma suscitar ciertas conversaciones que sé que te molestan.

MIGUEL. Eso nunca, Enrique; pero delante *de esos*.... no me agradan.

ENRIQUE. Me da compasión y me entristece el ánimo el ver lo desgraciado que eres; si estuviese en mi mano tu felicidad, te aseguro que sacrificaba la mía con tal de conseguir que vivieras como te mereces y te corresponde.

MIGUEL. No es tan mala Angela.... Tal vez el mismo cariño que me profesa, le hace aparecer impertinente, egoísta á veces.

ENRIQUE. Te ciega la pasión. Desgraciadamente vives equivocado; Angela no te quiere; lo veo sí, palpablemente, lo ve todo el mundo. A tí, Miguel, duro es decírtelo, y me duele mucho el manifestártelo, pero te conviene separarte de ella, aunque sea una corta temporada solamente. La vida que tenéis es insoportable: siempre disgustos y desazones, siempre lágrimas y mala cara. Capricho es recorrer un camino lleno de abrojos, cuando se tiene al lado una senda cubierta de flores.

MIGUEL. Yo soy el culpable la mayor parte de las veces.

ENRIQUE. ¡Eso te hace creer! ¡Esa es tu debilidad! ¿Qué culpa tienes tú de sus caprichos y exigencias? Sí, caprichos y exigencias, porque

no de otro modo pueden llamarse al deseo y al prurito de que vivas sin amistad, aislado por completo de todo. ¿Que juegas y..... pierdes alguna vez?.... otros días ganas.

MIGUEL. Raras veces son, Enrique; he derrochado un capital.

ENRIQUE. Sí, es cierto; pero ahora tu padre te ha dejado centuplicado lo que has perdido, y dinero llama dinero.

MIGUEL. El juego es un abismo que lo devora pronto y que atrae hacia su fondo lo mismo las fortunas que la honra; con su dinero puede comprarse la felicidad igual que el grillete y la cadena.

ENRIQUE. ¡Caramba! ¡Qué moralista te has vuelto!

MIGUEL. Llevo una temporada infernal, pierdo y pierdo siempre, y mi desesperación no va á tener límites.

ENRIQUE. En un día que te sonría la fortuna recuperas todo lo perdido.

MIGUEL. ¡La fortuna! ¡Sonreirme á mí la fortuna! En el juego..... nunca, y en esta casa hace tiempo que se cerraron sus puertas para ella. (Pausa.) No sé si soy yo..... si es esa mujer..... si es mi destino quien la ahuyenta y la separa más y más de nosotros.

ENRIQUE. (Riendo.) Nada, chico, que tu esposa Angela te ha resultado tu ángel malo.

MIGUEL. Creo que sí. Esto no es vivir, es estar en una condenación eterna.

ENRIQUE. Pero si es que así no puedes continuar. ¿Tú la quieres? No. ¿Vives feliz de esta manera? No. ¿Tienes la libertad que te corresponde? (Pausa corta.) Antes cuando vivía tu padre,

¡Dios le tenga en la gloria!, comprendo tus miramientos, ¿pero ahora?..... ahora no tienes perdón de Dios en imponerte tú mismo un sacrificio tan monstruoso.

MIGUEL. Cariño..... no la tengo, bien lo sabes; pero temo el escándalo....., la publicidad....., temo por mi hijo.....

ENRIQUE. Tu hijo puede criarse en *Villa-Amparo*, allí nada le faltará, se criará lleno de salud y de vida; María y Pedro se desvivirán por cuidarle, le podrás ver todos los días, y en cambio así, se te criará débil, pobre, raquítico.....

MIGUEL. Gracias, Enrique; eres un excelente amigo; me has dado infinitas pruebas de ello; jamás olvidaré lo que por mi hiciste.....

ENRIQUE. ¡Bah! ¿Quién se acuerda de aquéllo? ¿quién piensa en tal cosa?

MIGUEL. Yo, Enrique; yo que conservaré mi agradecimiento eternamente; tú salvaste mi casa; tu dinero fué bendición divina, que nos salvó de una catástrofe; eso jamás puede olvidarse.

ENRIQUE. Te presté seis mil duros; me los pagaste..... y en paz.

MIGUEL. No; tu acción no se paga solamente con dinero; con mi vida aún sería poco.

ENRIQUE. No hablemos más de eso. Yo te quiero con todo mi corazón y por lo mismo deseo tu bien y el de tu hijo, y si tú aceptas mi ofrecimiento, ya verás, ya verás como por días notas las diferencia; allí en el campo, con los aires puros, criado bajo tu vigilancia, le dabas nueva vida á la criatura. (Pausa.) Mira,

sentiría influir en tu ánimo en un sentido que no te conviniese, pero me impulsa á ello la sincera amistad y la confianza que tenemos; continuando así, es un lento suicidio el que te impones.

MIGUEL. ¡No es para tanto! Es mi mujer y me da miedo pensar en una separación.....

ENRIQUE. ¡Escrúpulos ridículos! Resquicios del amor que la profesabas en tus buenos tiempos y que aún tienen raíces en tu corazón; no puedes negar que la quieres.

MIGUEL. Nunca la he querido, pero separarme de ella, sin una causa justificada..... abandonarla para siempre..... al fin lleva mi nombre.....

ENRIQUE. Pasándola una cantidad prudencial, no es abandono: aunque no lo necesitas, sabes que mi dinero es tuyo ahora, lo mismo que siempre lo ha sido.

MIGUEL. Gracias, mil gracias, Enrique, lo sé. Pero de todos modos..... una separación.....

ENRIQUE. (Interrumpiéndole.) Ella viene. (Aparte.) Cederás, vaya si cederás.

ESCENA VII

MIGUEL, ENRIQUE Y ANGELA por el foro.

ANGELA. ¡Miguel! (Se detiene sorprendida al ver á Enrique.) Creí..... estabas solo, iba..... á hablarte.....

MIGUEL. (Con malos modos.) ¿Y qué quieres?

ENRIQUE. Si son asuntos reservados..... (Aparte.) ¡Tendrá valor para decirlo!

MIGUEL. Calla, hombre, por Dios, qué reservas vamos á tener.....

ANGELA. No, nada iba á decirte..... dispénsame.....

MIGUEL. Pues no te había llamado.

ENRIQUE. De todos modos dejo á ustedes, es tarde y ya sabes que *esos* me esperan.

MIGUEL. (Por Angela.) Ante una impertinencia así, ¡qué has de hacer!

ANGELA. (Con azoramiento.) Nada iba á decirte..... no era nada de particular.....

ENRIQUE. (A Miguel.) ¿Ves? estoy proporcionando un nuevo disgusto á Angela. Siento no acompañarte más tiempo como sería mi gusto.

MIGUEL. No, no te vayas, si lo que tuviese que decirme lo ha de decir ahora delante de tí, sea lo que fuere, que ahora la mando que lo diga.

ENRIQUE. (A Miguel, como tratando de aplacar su enojo.) Vamos, Miguel.

ANGELA. Eres injusto conmigo, me juzgas muy duramente.

MIGUEL. Del único modo que te mereces.

ENRIQUE. Calma, Miguel, mucha calma; te excitas en seguida. (En tono de burla amistosa.) Quizá tenga que revelarte algún secreto íntimo. El amor quiere soledad para los dos seres que se aman, para que en silencio pueda gozar el alma de los embriagadores efluvios que irradian del sér querido (Riendo.) ¿No lo has comprendido todavía? Adiós Angela. (Aparte á Angela.) ¡No olvide usted mis palabras! (Alto.) Adiós, chico; hasta luego y lo dicho: calma y paciencia. (Aparte.) Ya ves, ya ves el geniecito que tiene. (Alto.) Hasta después; sólos quedan los dos tórtolos enamorados; mucho amor y mucha poesía.

(Aparte.) Yo lograré mi propósito; pero el llanto de esta mujer desconcierta mis planes por completo.

MIGUEL. (Acompañándole hasta la puerta del foro.) Adiós, Enrique, adiós.

ESCENA VIII

ANGELA y MIGUEL

MIGUEL. Eres odiosa; eres una imprudente.

ANGELA. Perdona, Miguel. (Muy excitada y con precipitación.) Es que tengo que decirte muchas cosas; es que quiero hablarte porque me ahoga la desesperación y la pena; no es que me queje de tu vida y de tus desprecios, no, Miguel; es que son cosas horribles que no pueden continuar: ni en mi corazón, porque estallaría, ni en mi cabeza, porque me enloquecen. ¡No puedo sufrir más, Miguel! ¡No puedo!

MIGUEL. Sí, lo de siempre, te conozco; zalamerías ridículas.

ANGELA. (Con vehemencia.) No, Miguel, no; si no puedes adivinar lo que quiero decirte ¡si me avergüenza el pronunciarlo, porque se abrasan mis labios al roce de su impureza!

MIGUEL. ¡No te comprendo! ¿Qué mentiras estás forjando en tu mente, que siento que tus palabras enloquecen mis sentidos?

ANGELA. Es que ignoras que ese hombre que se finge tu amigo, es un miserable.

MIGUEL. ¿Quién? ¡Enrique! ¡Has perdido el juicio! ¿Enrique un miserable?

ANGELA. (Con extremado cariño.) Sí, Miguel, sí; ese hombre va á perderte, busca nuestra deshonra. Es un ser tan perverso, que quiere convertir este hogar en lecho de sus torpes villanías.

MIGUEL. No sigas, calla.... Conozco tu perversidad: quieres enemistarme con él y eres tan malvada que buscas lo más infame, lo que más puede herirme.

ANGELA. Es cierto; te lo juro, te lo juro, Miguel.

MIGUEL. No, no jures; no creo en tus juramentos; él, mi amigo del alma, mi inseparable amigo....

ANGELA. ¡Por tu salvación te lo juro! Sí, Miguel; hace un momento.... aquí mismo me ha propuesto....

MIGUEL. (Amenazándola.) ¡Infame! ¡Infame tú que lo inventas!

ANGELA. ¡Ah, no puedes creerlo! ¡te repugna una infamia tan grande! Te lo juro, Miguel. ¡Por la memoria de tu padre!

MIGUEL. ¡No profanes su nombre! Calla, no quiero oirte.

ANGELA. (Con desesperación.) ¡Pues si no me oyes eres tan miserable como él!

MIGUEL. ¡No más! (Cogiéndola del brazo con violencia.) Si lo repites, si vuelves á insistir, es el último momento de tu vida.

ANGELA. ¡Si es que es cierto! Tú no lo creerás, te parecerá imposible; es todo lo más horrendo que el pensamiento concibe, una espantosa traición; pero es verdad, todo es verdad; te lo juro de rodillas, y aunque la tierra se abriese, bajaría así con las manos cruzadas (Se arrodilla ante Miguel) aunque fuese hasta el

fondo del infierno, pero mirando á Dios en el cielo, y diciendo es verdad, Miguel; es verdad, ¡yo no te miento!

MIGUEL. Eres capaz de todo..... de infamarle..... de deshonrarle....., quizá tú por comprometerle....., por perder á ese hombre..... (pausa) ¡ah! ¡no lo quiero pensar! ¡no! no es posible..... sería inicuo....., sería infame..... ¡Ah! no, no, Angela.

ANGELA. (Con asombro y terror.) ¿Qué? ¿qué piensas, Miguel? ¿qué piensas de mí?

MIGUEL. No sé. Ideas monstruosas, que forjadas en tu imaginación repercuten en la mía y bajan á mi garganta con sed de sangre; ideas que chocan y giran, y se revuelven en mi cerebro, y hacen que broten de él la chispa luminosa con la que veo mi deshonra, relámpago infernal, que ilumina con pálida luz el fondo de tu alma, donde ha nacido esa torpe invención.

ANGELA. ¡Jesús, Dios mío! ¡eso piensas, Miguel! Eres un villano si eso piensas de mí.

MIGUEL. ¿Villano dices? Esa palabra he debido ahogarla en tu garganta antes que la mordiesen tus labios. ¡Ah! vete, vete; no quiero verte más, que siento que afluye la sangre á mi cerebro y ciega mis ojos, y no quiero matarte todavía.

ANGELA. ¡Mátame, Miguel! ¡La muerte quiero antes que este espantoso suplicio!

MIGUEL. No me obligues á tocarte, porque te estrangulo entre mis manos.

ANGELA. ¡Hazlo! (Con arranque de desesperación.) ¡Mátame! ¡no huyo, Miguel! ¡acaba de una vez!

MIGUEL. ¡Angela, vete! Vete con tu hermana, con quien quieras; pero vete, sal para siempre de esta casa.

ANGELA. ¡Eso me aconsejas! ¡eso buscas! ¿Dónde quieres que vaya á mitigar mi pena, si me arrojas de tus brazos! ¡Mira como lloro, cómo me desespero y me vuelvo loca. No; no huyo..... ¡Acaba para siempre esta agonía!....

MIGUEL. No; si no quiero matarte, si quiero que vivas para que sufras el martirio de mi odio..... ¡Has de irte! ¡si no quiero verte á mi lado!

ANGELA. Bien, me iré..... me iré para siempre.... pero con mi hijo..... ¡con el hijo de mi alma!

MIGUEL. Tu hijo es mío..... tú..... tú sola..... ¡qué más quisieras!..... Tu hijo, nunca..... ¡tú sola!..... ¡sola! (Con ira y desesperación.) ¡A sufrir!..... ¡á padecer!..... ¡á destrozarte de dolor y de sufrimiento!..... ¡á morir de desesperación y de locura!

ANGELA. (Con profunda angustia.) Es mío, es mi carne, es mi sangre, ¡es mi vida!

MIGUEL. Silencio..... ¡silencio! ¡que te ahogo!

ANGELA. ¡Mi hijo! ¡Miguel! ¡es mío!

MIGUEL. (Arrastrándola hacia el fondo de la escena.) ¡Vete! sal de aquí, ¡te aborrezco!

ANGELA. ¡Arrojas honra y honor, no esperes más que deshonra!

MIGUEL. ¡Calla! ¡calla ó te mato!

ANGELA. Sí, la muerte..... (Luchando con Miguel, el que cada vez la va llevando más hacia la puerta del foro.) ¡la muerte ó mi hijo!

MIGUEL. (Tratando de ahogarla.) ¡Ahora! ¡ahora, si tanto lo deseas!

ANGELA. ¡Ah! ¡no! (Huyendo hacia el fondo, aterrorizada.) ¡Jesús! ¡suelta! ¡no me martirices! Saldré, sí, hermana mía..... tú sola..... tú sola serás mi salvación. (Vase por el foro. Miguel queda en la puerta ocultándose la cara entre las manos.)

MIGUEL. ¡Tenía que ser! Esta mujer me enloquecía.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Finca de *Villa-Amparo* en los alrededores de Madrid. En el fondo la casa de los guardas medio oculta por el ramaje y los árboles que la rodean. Delante de la casa y á la derecha, jardín. En la parte alta de la casa el nombre de *Villa-Amparo*. Ramaje y leña esparcida por el suelo. De unos árboles á otros en la derecha, hay cuerdas con ropas colgadas. Bancos rústicos por la escena. Es de día, pero el aspecto general de la finca, triste y sombrío como el de una tarde fría de invierno.

ESCENA PRIMERA

MARÍA Y PEDRO, recogiendo la primera la ropa que hay colgada y el segundo partiendo leña con un hacha corta.

PEDRO. Valiente *heláa* ha caído esta noche. A pocas de estas ya puede guardar el señorito los olivos para quemarlos en los Madriles, que no le van á servir *pa* otra cosa.

MARÍA. Buena ha sido, buena; á mí me ha *dejao* los *geranios* y los rosales que da compasión el verlos. *Paece mismamente* que han *estao* en mitad del fuego. ¡Jesús, qué lástima!

PEDRO. Déjate de rosales y de *geranios,* que me *paece* á mí que antes que ellos echen flor, nos van á echar á nosotros de *Villa-Amparo* para siempre.

MARÍA. A nosotros, ¿por qué?

PEDRO. ¿Por qué? Por tu lengua, que la tienes más

larga que un camino y más *afiláa* que mi hacha.

MARÍA. ¿Y á qué viene eso?

PEDRO. Que á qué viene, ¿eh? Pues, á que el señorito Enrique no le gusta que se hable *ná* de lo que hace aquí, y á tí te falta el tiempo para ir pregonando por esos mundos de Díos *tóo* cuanto vés y *tóo* cuanto sabes.

MARÍA. ¡Claro! Se lo cuento á los árboles y á los pájaros.

PEDRO. Y á algunas personas también.

MARÍA. Tú eres el que vé visiones por todas partes. ¡Siempre estás con los mismos sones!

PEDRO. Yo lo digo por lo que lo digo. (Pausa; viniendo al centro.) El último día que estuvo aquí á ver al chico, me pareció que no salía muy contento; ya te acuerdas que dijo que Vicente le había dicho que habían *estao* por aquí unas señoras, y ya sabes lo que tiene prevenido....

MARÍA. ¡Pero si no vieron al chico! ¿qué importa que estuvieran?

PEDRO. ¡Pues sólo faltaba que se le hubieses *enseñao!*

MARÍA. Bien poco faltó, porque una de ellas, la más joven, lloraba con una pena que se me partía el corazón al oirla. Todo se la volvía gritar: «¡quiero verle!» «¡quiero verle!» «¡soy su madre!»...

PEDRO. Su madre.... su madre.... ¡Sabe Dios quién será la madre de la pobre criatura!

MARÍA. Ya lo sabes; me *paece* que no es ningún misterio.

PEDRO. Eso, á quien lo crea. Lástima me da el pobrecito....

MARÍA. Anda, que mejor lo pasará que nosotros; bien bueno y bien hermoso se cría.

PEDRO. Como que está doble el muchacho de cuando lo trajo D. Enrique.

MARÍA. ¡Y que no está muy contento con el chico! *Paece* que es hijo suyo.

PEDRO. Sabe Dios si lo será ¡porque en ese Madrid se ven tantas cosas!

MARÍA. Eso no, hombre; si según se explicó él, es de su amigo D. Miguel.

PEDRO. Eso dicen, pero..... vaya usted á saber.... A lo mejor resulta....

MARÍA. Ya ves cómo no falta casi ningún día á ver á su hijo; si no ¿qué tenía que ver D. Miguel con el chico?

PEDRO. Ya estás armando enredos otra vez; no, si tú no escarmientas.

MARÍA. ¡Qué enredos ni qué demonios! Si lo ha dicho aquí mismo el señorito.

PEDRO. Pues líbrate de decírselo cuando venga, porque á mí me *paece* que le hace poca gracia que nos metamos en esas cosas.

MARÍA. Pierde *cuidao*, que desde ahora voy á estar como una muerta.

PEDRO. Es que aunque lo estuvieras de *verdá*, creo que no callabas.

MARÍA. Ya has de verlo hoy cuando venga.

PEDRO. Bien poco puede tardar, porque ya serán las tres.

MARÍA. ¡Y bien *dás!* Ya está el sol dando en los tapiales del soto. Mira, mira, ves recogiendo esa leña para la cocina, que en cuanto caiga el sol vamos á arrecirnos de frío.

PEDRO. Como que se va á levantar el cierzo. ¡Dicho-

sa luna! Va á matar *tóo* el campo. (Recogiendo la leña en pequeños montones.) ¿Está *encendía* la chimenea de la sala?

MARÍA. Y está aquello hecho un horno.

PEDRO. A ver si va á hacerle daño tanto calor á la criatura.

MARÍA. ¡Cá! ¡Está más contento!...., *paece* una flor *colocá* en esas casitas de cristal que hay en los jardines. ¡Y poco á gusto que está allí ese ángel de Dios! ¡Da gloria verle! (Pausa.) ¿Sabes lo que estoy pensando, Pedro?

PEDRO. ¿Qué?

MARÍA. Que si algún día nos le dejara el señorito *pa* nosotros, era capaz de perdonar el cielo cuando me muriera.

PEDRO. ¡Tú te crees que el amo nos le dejaba! Así le dieran todo el oro del mundo.

MARÍA. ¡De cuánto consuelo iba á servirnos!

PEDRO. ¡Bien qué! pero eso no lo pienses siquiera.

MARÍA. Calla, calla (mirando hacia la izquierda) ¡Allí viene el señorito!

PEDRO. (Mirando también.) ¡Qué ha de venir!

MARÍA. ¿No ves el coche que se ha *parao* junto á la fuente? Es él, mira, mira, ahora sale por la derecha de la caseta; ya viene hacia aquí.

PEDRO. ¡Justo! Ahora sí. Pues silencio; ya sabes lo que te he dicho, no le preguntes *ná* y déjale decir *too* cuanto se le antoje.

MARÍA. No; si te parece le echaremos los perros: ¡qué cosas tienes!

PEDRO. Es que sois las mujeres muy *entrometías*, ya te lo he dicho veinte veces, *too* se os vuelve preguntar, preguntar, hasta que el mejor día tengamos un disgusto gordo.

MARÍA. No tengas *cuidao.* ¡Jesús! no tengas *cuidao;* ¡ni que te fuera á comer!

PEDRO. Ya veremos, que si no me come, *pué* que nos deje á los dos sin comer.

ESCENA II

MARÍA, PEDRO Y ENRIQUE por la izquierda.

PEDRO. Buenas tardes, señorito.

ENRIQUE. Buenas tardes, ¡hola! María, ¿qué tal por aquí?

MARÍA. Ya vé usted, pasando. Con estos fríos no vale una para nada.

ENRIQUE. Pues, hoy está un día hermoso, verdaderamente de verano; calor he tenido en el coche.

PEDRO. Con las pieles que usted lleva y *encerrao* entre cristales, no se sienten las *heláas.*

ENRIQUE. Y el niño, ¿cómo se encuentra? ¿come mucho?

MARÍA. Anda, anda, ¡Virgen María! cada día está más gordo, con unos colores y una cara, que parece mismamente un ángel del altar.

PEDRO. Y bebiendo más leche que da una vaca. (Riendo.) No *paece* sino que la criaturita estaba muerta de hambre.

MARÍA. ¡Sabe Dios como estaría! ¡Hay en el mundo unas madres!

ENRIQUE. ¡Basta! Ese lenguaje sabes que no me agrada nunca.

PEDRO. (Aparte á María.) ¿Lo ves? Ya lo has echado á perder.

MARÍA. (Lo mismo á Pedro.) ¡Si has sido tú!

ENRIQUE. La madre de este niño era una santa.

PEDRO. (Aparte á María.) Oye tú, y las santas tienen chicos?

MARÍA. (Lo mismo á Pedro.) ¡Qué sé yo!

ENRIQUE. ¿No ha venido nadie?

PEDRO. No, señor.

ENRIQUE. ¿Ni D. Miguel?

MARÍA. Nadie vino ayer. Todos los demás días sí ha venido D. Miguel, pero ayer no, señor.

ENRIQUE. Ya sabéis que es el único que tiene entrada en la casa; pero.... ¿no ha venido nadie más? ¿ni las señoras que estuvieron aquí el viernes?

PEDRO. (Azorado.) ¿El viernes?.....

ENRIQUE. Sí; ya os dije que lo sabía todo, que habían estado dos señoras á ver al niño; por supuesto..... que no lo verían.....

PEDRO. ¡Cá! no, señor, yo no las ví..... pero según dice *esta*..... (por María.)

MARÍA. ¡Ya lo creo! Buenas ganas tenían de verle. Una de ellas lloraba como una Magdalena.

ENRIQUE. (Con interés.) ¿Preguntó por él?

MARÍA. ¡Que si preguntó, Virgen del Carmen!, y se estuvo sentada aquí al pie de la casa llorando, y mirando con unos ojos tan tristes que daba pena.

ENRIQUE. ¿Y tú qué la dijiste?

MARÍA. Pues que se lo había llevado *éste* á Madrid *pa* que usted lo viera. Y no sabe usted cómo se puso, si parecía que estaba loca; ¡ah! y también preguntó por Don Miguel, que si quería al niño, que si le hacía muchas caricias, que si lloraba alguna vez. ¡Jesús! si estuvo preguntando qué se yo cuantas cosas, hasta que la otra, que parecía que

era su hermana, se la llevó casi arrastrando. Yo no quise que lo vieran, como usted tiene dicho.....

ENRIQUE. (Con interés.) ¿Y dices que preguntó por Don Miguel?

MARÍA. Sí, señor, y cuando la dije que venía casi todos los días á ver al niño, se puso muy contenta, diciendo á la otra señora: «¿ves, ves como es muy bueno?»

ENRIQUE. (Aparte.) ¡Ah! ¡no le olvida! (Alto.) Bien, pues seguir lo mismo, nada más que D. Miguel puede verle. (Aparte.) Y ese..... ese, haré yo porque deje de venir también. (Alto y dirigiéndose á Pedro.) Tú, vigilas como siempre, si viniese alguien avisas. (Vánse á la casa María y Enrique.)

PEDRO. Está bien, sí, señor.

MARÍA. Ya verá usted, ya verá usted; está hecho una alhaja. (Entrando en la casa.)

ENRIQUE. (Aparte.) ¡Pobre Angela! me inspira lástima esa mujer.

ESCENA III

PEDRO arreglando la leña que había recogido y llevándola á la puerta de la casa.

¡Cuando digo que se va á levantar el cierzo! En cuanto caiga el sol ya está la *heláa* encima. Y *cuidao* que anoche fué de las buenas, ¡tenía un cerco la luna!..... Como sigamos así este mes, va á ser esto *Villa-Heláa* en lugar de *Villa-Amparo*. (Pausa.) ¡Pero de quién demonios será este chico que tanto

interesa á D. Enrique! ¡Vaya usted á saber! A lo mejor *pue* que esté haciendo el señorito una obra *mu* grande de caridad, y lo tomamos nosotros por una mala acción. (Pausa.) ¡Calle! Por el camino del Cerro *Cortao* viene una mujer, (mirando hacia la derecha,) sí, hacia aquí viene. (Pausa.) Sola..... y por estos sitios..... ¡Ay! ¡ay!.... Pedro, aquí hay algún lío..... (Gritando hacia la derecha.) ¡Eh!.... ¡señora!.... ¡por aquí!.... ¡por esta *vedera!*.... por aquí..... ¡á ver si va usted á caerse! ¡tenga usted *cuidao!*

ESCENA IV

PEDRO y ANGELA por la izquierda, pálida, descompuesta; el traje negro que trae sencillísimo, abrigo y mantilla á la cabeza, al entrar se sienta fatigada en uno de los bancos.

ANGELA. Gracias, gracias..... conocía el camino, no podía engañarme.

PEDRO. ¿Pero usted sabe qué sitio es éste?

ANGELA. Sí, *Villa-Amparo*. ¡Ah! Pero el nombre qué importa! Me traía el corazón; tengo aquí mi alma.... mi vida entera....

PEDRO. (Con asombro.) ¿Aquí, señora? Usted debe estar *equivocáa*. Aquí no vive nadie más que mi mujer y yo....

ANGELA. ¡Y mi hijo! Sí, mi hijo, que me han arrancado de mis brazos.... mi hijo, á quien quiero ver y estrechar y devorarle á besos.... (Suplicando.) Es mi única ilusión.... mi única esperanza....

PEDRO. ¡Ah! vamos. Usted es la señora que estuvo aquí el viernes.

ANGELA. Sí, yo soy, yo. ¿Qué otra mujer va á recorrer esos campos, llenando sus pies de abrojos hasta ensangrentarlos, aterida de frío y rendida de fatiga, nada más que una madre? ¡Usted me permitirá que le vea! Yo se lo suplico; yo se lo ruego en nombre de Dios que bendecirá á usted desde el Cielo.

PEDRO. Señora.... yo.... por mi parte.... si fuese cosa mía....

ANGELA. ¿Vé usted?.... Si usted es muy bueno..... Sí, si me dejará usted verle ahora mismo.... cuanto antes.... gracias, gracias, buen hombre....

PEDRO. Calle usted, señora; se va usted á morir de pena y me va usted á hacer llorar á mí.

ANGELA. No, no me muero.... no vé usted que ese hijo es mi alma, ¿cómo me voy á morir? En nombre del Cielo se lo pido.... besaré sus manos.... (Arrodillándose delante de Pedro.)

PEDRO. (Obligándola á levantarse del suelo.) Basta, señora, basta; levántese usted ¡pues no faltaba más! ¡Ea! ahora mismo va usted á verle; yo mismo suplicaré al señorito.... y verá usted como la permite que le vea.

ANGELA. ¡Cómo! ¡está él! ¡Enrique! ¡Dios mío! ¡Por qué me persigue el dolor tan cruelmente!

PEDRO. Hace un momento que llegó en el coche, y tiene órdenes de que.....

ANGELA. Sí, lo comprendo. (Aparte.) Ese miserable quiere rendirme por dolor y sufrimiento.

PEDRO. Yo, señorita..... por mí.....

ANGELA. Lo sé, lo comprendo, pobre hombre. Pero no, no me importa que esté, mejor. Pásele usted recado..... dígale usted que soy yo....,

que quiero ver á mi hijo..... sí, ese hombre respetará mi dolor.....

PEDRO. Voy corriendo, sí, señora. (Va á marchar hacia la casa y Angela le detiene.)

ANGELA. (Vacilante.) Aguárdese usted..... espere..... (Aparte.) Me da miedo..... es capaz de una infamia.....

PEDRO. Como usted quiera, con el chiquillo está allí dentro.....

ANGELA. ¡Quizá martirizándole!

PEDRO. ¡Eso no! Le quiere mucho, siempre le está besando.

ANGELA. ¡Escarnio de la vida! ¡Tocando sus impuros labios al alma de mi alma! no, no puede ser, esos besos son mordeduras de hiena..... no más, avísele usted, dígale que quiero ver á mi hijo, que acabe de desgarrar mi corazón..... pronto..... pronto..... que me siento morir y quiero ver á mi hijo en mi agonía.

PEDRO. No llore usted ¡caramba! que usted verá á su hijo. (Entrando en la casa y aparte.) Esta es la madre, ¡vaya si es la madre! (Váse por el foro.)

ESCENA V

ANGELA

Su perversidad no llegará hasta el extremo de no dejarme que le vea. ¡Cuántos días de dolor! ¡cuánta angustia sufrida! Pero ¿qué me importa, si ahora voy á llevármelo para siempre? ¡Ah! este hombre me lo devolverá; el llanto de una madre es sagrado y Enrique ha de respetar el mío, y después,

con mi hijo, buscaré á Miguel, y de rodillas, aunque deje jirones de mis carnes por el suelo, ablandaré su corazón, seré su esclava, devoraré mis lágrimas en silencio. (Pausa.) ¡Cuánto tarda! No, no me importa que venga, que me hable, que diga todo lo que quiera; tendré á mi hijo en mis brazos y contemplándole, las palabras de ese malvado no llegarán á mis oídos. ¡El sale! ¡Piedad Dios mío! ¡No me abandonéis en este instante!

ESCENA VI

ANGELA, ENRIQUE; al final MARIA

ENRIQUE. Angela ¿Usted aquí?

ANGELA. Sí, ¿qué le sorprende? Vengo por mi hijo.

ENRIQUE. No se aflija usted, le verá usted; yo se le entregaré; se le llevará para siempre.

ANGELA. Eso quiero, mi hijo, mi hijo solamente; tengo derecho á él; nadie más que yo.

ENRIQUE. Nadie la niega ese derecho. Cumpliendo un sagrado deber que la amistad me imponía, me he encargado del cuidado de su hijo con plenos poderes de su padre.

ANGELA. ¡Deberes de amistad usted! ¡Usted acariciando á mi hijo! ¡las caricias que el tigre hace á su presa!

ENRIQUE. La amistad es para mí lazo sagrado.

ANGELA. Después de convertir un cielo de luz y de colores en un infierno de tristezas y amarguras.

ENRIQUE. Yo, Angela, he cumplido como un buen amigo.

ANGELA. ¡Como un buen amigo! ¡Ah! Como un infame que arranca al sacerdote de las manos el cáliz para ponerle un puñal ensangrentado. Usted ha sido nuestra ruina, la única causa de nuestra perdición y quiere ser ahora la de mi desesperación y mi muerte.

ENRIQUE. Miguel me lo ha confiado....

ANGELA. (Interrumpiéndole.) ¡No! nadie tiene ese derecho, ni Miguel ni nadie. Las leyes humanas, las leyes divinas, la conciencia y el alma entera me lo gritan con desgarradores sollozos.

ENRIQUE. Serénese usted; si yo no la niego á su hijo. ¿Le quiere usted? Pues bien, lléveselo, yo no me opongo á su deseo, justo es que reclame lo que por derecho le pertenece.

ANGELA. Por eso he venido á reclamarle y no he de apartarme hasta que lo lleve entre mis brazos.

ENRIQUE. Repito que no me opongo, y si tanto ama usted á su hijo, si desea usted vivamente llevárselo, de usted depende, Angela. (Pausa.) Separada de Miguel, abandonada por él, quizá para siempre..... ¿qué es lo que espera usted del mundo? ¡nada! En cambio, qué felicidad más grande si usted accede á mis ruegos, si oye la voz de mi pasión indescriptible, de mi amor inmenso.....

ANGELA. ¡Ah! calle usted, Enrique..... adivino sus palabras.....

ENRIQUE. (Con pasión creciente.) Es que la amo, es que es tan grandioso mi amor, que lo invade todo, cielo y tierra, y se agiganta y crece como las ondas luminosas por el espacio,

como el aliento de Dios por el infinito. ¡Angela! ¡será usted mía en la tierra ó mía en los infiernos!

ANGELA. No, eso nunca, eso nunca; antes la vida de mi hijo. De usted..... de usted..... ¡jamás!

ENRIQUE. ¡Obcecación incomprensible!

ANGELA. Porque desconoce usted el honor..... la dignidad.....

ENRIQUE. Piense usted, Angela, que hoy ha venido á caer en mis manos, por suerte ó fatalidad; piense que tengo en mi poder su dicha, su alegría..... que puedo hasta sacrificar á su hijo.....

ANGELA. ¡No! ¡eso no! mi hijo..... ¡mi hijo lo primero!.....

ENRIQUE. ¿Luego accede usted?

ANGELA. (Con suprema angustia.) ¡Quíteme usted la vida! ¡no me martirice así!..... (Llorando.) ¡Dónde, Miguel, me han conducido tus locos desvaríos!

ENRIQUE. (Con acento dulce y cariñoso, procurando vencerla.) Cálmese usted, Angela. No quiero ver esa desesperación en su divino rostro, no quiero ver esa contracción dolorosa en sus labios; descanse usted, tranquilícese; si á mi lado sólo quiero que vea usted un cariño sin límites, sonrisas celestiales; si es usted un ángel del cielo, un ángel de amor..... sosiéguese usted..... no soy tan ingrato.....

(Aparece María á la puerta de la casa.)

ANGELA. ¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡quiero que muera conmigo!

ENRIQUE. ¡Morir! ¡morir usted!.... ¡vivir conmigo! ¡vivir á mi lado eternamente!

ANGELA. ¡No!, nunca, no soy tan miserable..... ¡no puedo serlo!

MARÍA. (Aparte y desde la puerta.) ¡Pobre señora!

ENRIQUE. Pase usted á verle..... (en voz baja) silencio.... silencio ahora.

ANGELA Sola..... yo sola.....

ENRIQUE. Os juro por mi nombre.....

MARÍA (Aparte.) ¡Jesús! ¡qué lástima de señorita!

ANGELA. ¡No faltará usted á una madre en su agonía!

ENRIQUE. Tengo palabra, ansío su amor; pero no quiero arrancarlo por fuerza. (Se dirigen hacia la casa; María se separa de la puerta.)

ANGELA. (Entrando sollozando.) ¡Hijo de mi alma!

ENRIQUE. (Aparte á María.) ¿Y Pedro?

MARÍA. Arriba con el niño.

ENRIQUE. (A María.) Tú vigilas; hoy no pasa nadie, ¿entiendes? nadie sin permiso mío. (Vase por la derecha de la casa.)

ESCENA VII

MARÍA

¡Pobre mujer! No sé como tiene corazón el señorito para verla sufrir de esa manera. Si, será su madre. Ese modo de mirar y esa tristeza tan grande, sólo pueden ser de una madre. ¡Pero señor, si hasta las fieras rugen de otro modo cuando las quitan sus hijos! (Pausa.) El señorito debe ser muy malo cuando hace sufrir tanto á esta pobre mujer (Pausa.) Milagro será no sea una infamia la que están cometiendo entre él y D. Miguel con esta señora y este niño. No, pues á mí

que no me comprometan, ni me metan en líos, porque mando á paseo al chico y al amo, y á la casa y á toda *Villa-Amparo.* A mí no hay quien me quite de la cabeza que todo esto va á traernos algún disgusto á todos. (Con sorpresa al ver á Miguel que aparece por la izquierda, segundo término.) ¡Señorito Miguel! (Aparte.) ¡Cielo santo! ¡si me habrá oído!

ESCENA VIII

MARIA y MIGUEL

MIGUEL. Buenas tardes, María.

MARÍA. (Con gran azoramiento.) ¡Si no le he visto *de* venir!

MIGUEL. He venido por el camino del soto que es mucho más corto, media hora escasa.

MARÍA. Pues ya ha preguntado mi señorito por usted.

MIGUEL. ¿Ha venido D. Enrique? ¡Cuánto me alegro!

MARÍA. Hace un ratito, sí, señor. (Aparte.) ¡Dios mío, y esa señora ahí dentro!

MIGUEL. (Haciendo intención de marcharse hacia la casa.) Voy á verle.

MARÍA. (Deteniéndole.) No, señor, señorito Miguel..... no puede usted pasar.....

MIGUEL. ¿Que no puedo? ¡Estás lela!

MARÍA. Tengo orden de que hoy no pase nadie.....

MIGUEL. Pero mujer..... si yo paso siempre que quiero, si conmigo no reza eso.....

MARÍA. Sí, señor..... señorito..... para hoy reza con todo el mundo..... hay que avisarle.....

MIGUEL. (Con malicia.) ¡Ah! ¡vamos! comprendido.

MARÍA. Yo..... señorito.....

MIGUEL. ¡Bah! ¿qué tiene eso de particular! Esta finca tan deliciosa..... un paseo de la corte tiene que estar dedicada á nido de amores de su dueño; y él con mucho dinero, que es el mejor reclamo, procura distraerse y busca los encantos de su hermosa *Villa-Amparo.* (Riendo.) ¿Habrán venido juntitos en el coche?

MARÍA. No, señor, esa señorita, ha venido después..... hace muy poquito..... acaba de entrar..... si quiere usted que le avise al señorito.....

MIGUEL. Sí, avísale, dile que siento distrarle en momentos tan críticos..... pero que seré breve, que le dejaré en seguida gozando del fresco ambiente de su risueña *Villa-Amparo*.....

MARÍA. Bien, le pasaré recado.

MIGUEL. ¡Ah! y dile que pida mil perdones de mi parte á esa distinguida señorita. (Váse María por el foro.) ¡Buena gracia va hacerle!

ESCENA IX

MIGUEL

Este Enrique es de oro. Hace bien. Yo haría lo mismo si pudiese. Gastar, divertirse y gozar, para eso es el dinero, ¡qué demonio! (Pausa) ¡Y qué callado lo tenía! Claro, estas cosas deben hacerse así, mucho silencio y mucho disimulo. ¡Bonita gracia le va á hacer mi visita! (Riendo.) ¡Y ha tomado sus precauciones para evitar una sorpresa! Pues no me iré sin enterarme quién es la dama

que tanta valentía manifiesta. (Pausa.) El gozando del mundo, rico, feliz, sin una amargura, sin una tristeza que empañen su vida..... yo en cambio..... tormentos y disgustos..... (Pausa.) Aquella mujer, aquella mujer disipó para siempre de mi alma las dulces felicidades de mi vida..... y sin embargo no puedo olvidarla un momento..... no se aparta su nombre de mi imaginación, parece que lo han esculpido en mi frente con letras de hierro hecho ascua, y sólo veo por donde mire el nombre de Angela..... sí, siempre Angela..... siempre esa mujer..... siempre ese nombre..... (Pausa.) ¿Será odio? ¿será amor? ¿será locura? No sé, no sé, pero está fijo delante de mis ojos, ó en mi pensamiento, ó en mi corazón, ó en mi alma, en alguna parte de mi ser llevo ese nombre, porque sólo Angela leo por todas partes, ¡sólo Angela con caracteres imborrables!

ESCENA X

MIGUEL, ENRIQUE, por el foro.

ENRIQUE. (Con sorpresa y azoramiento dando la mano á Miguel). No te esperaba hoy....

MIGUEL. Aquí me tienes. ¿Qué te extraña?

ENRIQUE. Estrañarme.... no; pero como no me dijiste nada anoche, me has sorprendido.

MIGUEL. Sabes que vengo casi todos los días, desde que trajimos á mi hijo. Pero.... (En broma.) No tengas cuidado; te dejo pronto para que

continúes con esa hermosa dama que ha venido hasta aquí envuelta en *cendal flotante de leve bruma*, como dijo el poeta y atraída por el influjo poderoso é irresistible de tu corazón.... ó de tu dinero. ¡Buena conquista!

ENRIQUE. No, chico, no es una conquista, es sólo una visita.

MIGUEL. ¿Visita en estos sitios.... y á solas? ¡Me escamo!

ENRIQUE. No, no puedes juzgar.... (Toda esta escena con azoramiento creciente.)

MIGUEL. ¡Claro! Podía ofender á esa señora en su dignidad, pundonor y delicadeza.... (Riendo.)

ENRIQUE. ¡Miguel!.... yo te suplico.... (Aparte.) ¡Ah! Si Angela advierte....

MIGUEL. (Riendo.) ¡Lo has tomado en serio! Vaya, vaya, díme, si no es inescrutable misterio ó secreto impenetrable, qué mujer es la que así absorbe tus sentidos, porque, chico, debe interesarte mucho cuando hablas en tono tan grave y tan oculto lo tenías, aun para tu mejor amigo. (En tono de burla.) ¿Es princesa egipcia? ¿Es alguna arrebatadora circasiana del hermoso Tiflis? ¿Alguna divina odalisca, perla arrancada para tí del harem imperial? (Pausa.) Vamos, vamos, confíame su nombre siquiera; abre tu corazón á este impaciente amigo: ¿Es rubia, de azules ojos, pedazos del cielo que Dios tiene por mansión? ¿Es morena, de rizosa y ondulante cabellera, de mirar dulce y sereno, con negros ojos, *como las sombras del ingrato olvido?* Díme, díme por qué mi soñadora

mente está forjando mil ensueños y mil locas fantasías de tan atrevida dama.

ENRIQUE. Mira, Miguel, yo te suplico no intentes averiguar su nombre; te lo ruego por nuestra buena amistad.

MIGUEL. ¿Tan encopetada es la joven que al empañar su reputación podrán conmoverse las esferas ó alterarse la gravitación y atracción de los sistemas planetarios y la armonía del Universo? Bueno; dejemos á un lado las bromas venga esa mano, (dándole la mano) y te felicito cordialmente por la excelente conquista.... ó visita, como tú quieras llamarle, procura ocultarla en el sitio conveniente para que no pueda verla y te prometo ser breve: un beso y una caricia á mi hijo y me vuelvo tranquilamente á la Corte para dejarte á tus anchas con tu bienaventurada *Dulcinea*.

ENRIQUE. (Con gran contrariedad.) Hoy no debes subir á verle..... yo te agradecería profundamente que lo dejaras para mañana.....

MIGUEL. ¡Cómo! ¿que no vea á mi hijo? ¿Le sucede algo?

ENRIQUE. No, hombre, nada, está perfectísimamente, rebosando salud, pero..... ahora no es conveniente..... esa mujer está allí dentro, y la verdad, Miguel, no quiero que la veas.

MIGUEL. Convenido, á esa mujer..... ó esa señora, poco me importa verla, perdono tan alto honor; pero á mi hijo, no, eso no lo perdono; ayer no le ví, mañana quizá no venga; ya que estoy aquí, ¿cómo quieres que me vaya sin verle? No, Enrique, eso no, de ningún

modo; dí á María que le traiga aquí y aquí le besaré, me es lo mismo con tal de verle. No dirás que soy exigente.

ENRIQUE. (Aparte.) ¡Ah! ¡maldición! (Alto.) Es que María..... tardará aún.....

MIGUEL. Me es igual, esperaré. Queda reducido á tomar un rato el fresco, aunque ya no va estando muy agradable la tarde.

ENRIQUE. Es que..... te suplico no insistas..... mañana..... esta noche te le llevaré á tu casa..... donde quieras; ahora..... te repito que no es posible.

MIGUEL. ¿Me crees tan indiscreto que voy á comprometerte ó comprometer á esa mujer? ¡Por Dios, Enrique!

ENRIQUE. No, si no es por eso, es que te ruego sacrifiques hoy tu gusto..... que hoy no le veas.

MIGUEL. ¡Ah! ¡Algo le ha ocurrido!

ENRIQUE. Nada, nada absolutamente.

MIGUEL. (Contrariado.) Sí, no me lo niegues, no me ocultes sea lo que sea, tu turbación..... tus palabras..... No, Enrique, no me voy sin verle.

ENRIQUE. Si está bien, yo te doy mi palabra, está hermosísimo, eomo nunca, ¿crees que iba á ocultarte.....

MIGUEL. Pues entonces, ese deseo..... ese empeño..... esa oposición á que le vea.....

ENRIQUE. Si no es oposición, es que desconciertas mis planes.....

MIGUEL. (Cada vez más nervioso y más violento.) No, no te creo ¿en qué planes tuyos puede influir mi hijo? Algo le ocurre, el niño está enfermo..... quizá grave y quieres ocultármelo..... ¡ah! he de verle, he de verle, es mi hijo.

ENRIQUE. (Con energía.) ¡Es imposible! (Aparte.) No, no puede entrar, ¡sería espantoso!

MIGUEL. ¡Enrique! ¡qué dices! ¡No te comprendo! ¡Digo que he de verle!

ENRIQUE. No, no le verás, esa mujer es imposible que la veas.

MIGUEL. ¡Cómo! ¿qué es esto.. .. Enrique?, ¡esto es algo horrible! ¡algo que no acierto á comprender! ¡misterioso enigma que me horroriza! no más, no más, Enrique, ¡he de entrar! ¡he de entrar! ¡he de verle! (dirigiéndose á la casa) ¡he de ver á mi hijo! ¡he de ver á esa mujer!

ENRIQUE. ¡Jamás! (interponiéndose y cerrándole el paso.) ¡No! ¡no pasas! hoy no pasas á no ser por encima de mi cuerpo.

MIGUEL. Ahora mismo ha de ser, y si te opones á mí, si se opusiera el mundo entero, á tí y al mundo, y á cuanto me estorbare el paso, atropellaba el ímpetu de mi deseo y la violencia de mi empeño.

ENRIQUE. ¡Pues prueba á deshacerme antes de abrirte paso! (Asiéndose ambos y luchando, hasta que Angela se presenta y los separa.)

MIGUEL. ¡Sí, si he de pasar! ¡Mal amigo! ¡Eres poco para oponerte á mí!....

ESCENA XI

MIGUEL, ENRIQUE, ANGELA, saliendo precipitadamente de la casa y rechazando á Enrique, se abraza con cariño á Miguel.

ANGELA. (A Enrique.) ¡Miserable! (A Miguel.) ¡Mi Miguel! ¡Mi Miguel de mi vida!

MIGUEL. ¿Tú aquí? (Rechazándola.) ¡Tú! ¡Deshonrada! ¡Mala mujer! ¡Lo adivinaba!

ANGELA. ¡No! ¡Nunca! ¡Honrada siempre, Miguel! ¡Te lo juro ante Dios! Vine á ver á mi hijo. No podía vivir sin él ni un solo día.

ENRIQUE. (Con desesperación.) ¡No! ¡Te engaña! ¡No la creas!

ANGELA. (Con arranque de firmeza.) ¿Que miento yo? ¿Qué dice? ¡qué locura! ¡Mírame, Miguel mío, mírame así! (Cogiendo á Miguel con frenesí.) ¡Así, cara á cara! ¡Lee en mis ojos la pureza, el amor noble y sincero! Mira el fondo del alma en mi mirada.... ¡Ese es un malvado! ¡Te lo juro, Miguel! ¿Me crees ahora, Miguel? ¿me crees ahora? ¡Nuestro hijo! ¡Sólo él me ha traído!

MIGUEL. ¡Angela! ¡Horrible sospecha! ¡Inmensa duda que me mata!

ANGELA. Si dudas, Miguel, dudas del Cielo y de Dios que me escucha en este instante. ¡Por nuestro amor! ¡Tuya es mi alma! ¡Sólo tuya!

ENRIQUE. Tiene razón, es cierto, es honrada: una pasión invencible, una locura que estalló en mi cerebro ó en el alma me hicieron perseguirla inútilmente.

MIGUEL. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡mal amigo! ¡traidor!

ENRIQUE. (Descompuesto y con desesperación.) Sí, traidor..... malvado..... desleal..... lo que quieras Miguel, todo lo he sido.....

ANGELA. ¿Lo ves, Miguel?.... ¿has oído? ¡él! ¡el miserable!.... te lo dice..... ¡yo soy inocente! ¡soy honrada!.... ¡por el hijo de mi alma te lo juro!.... (arrodillándose y cogida á las manos de Miguel; éste después de mirarla fijamente, la levanta con cariño y con acento de profunda convicción dice:)

MIGUEL. ¡Te creo! ¡aquí! ¡aquí en mis brazos!

ENRIQUE. ¡Basta! ¡acabemos!

MIGUEL. Sí, de una vez, ¡quiero tu vida!

ENRIQUE. ¡Voy á arrancar la tuya! (Se lanzan á la lucha. Enrique saca un puñal.)

ANGELA. (Interponiéndose entre ambos, lucha por separarlos sujetando á Enrique el brazo en que tiene el puñal.) ¡No! ¡jamás! ¡Mi Miguel! ¡yo no quiero que muera!

MIGUEL. ¡Ah! ¡tienes un puñal! ¡eres un cobarde!

ENRIQUE. ¡Para hundirle en tu pecho y en el suyo! (Por Angela.)

MIGUEL. (Sacando un revólver y disparando sobre Enrique.) ¡No! ¡no es este su sitio! ¡mal amigo!

ENRIQUE. (Cayendo muerto.) ¡Ah! ¡Jesús!

MIGUEL. ¡Pagaste tu traición!

ANGELA. ¡Dios mío! (Cogida á Miguel y mirando con terror al cadáver de Enrique,) ¡le has matado Miguel!

MIGUEL. ¡Quería mi deshonra, qué remedio!

ESCENA XII

ANGELA, MIGUEL, ENRIQUE muerto; MARÍA Y PEDRO, saliendo precipitadamente de la casa y quedándose detenidos ante el cadáver de Enrique.

MARÍA. ¡Cielo santo! ¡un crimen!

MIGUEL. ¡Es justicia del cielo! (Estas exclamaciones casi simultáneas.)

MARÍA. ¡Usted le asesinó!

MIGUEL. ¡No! No fuí asesino. ¡He vengado mi honor! ¡Ofendió á esta mujer, y su honra es mi honra!

ANGELA. ¡Qué terror, Miguel del alma!

MIGUEL. (Abrazando á Angela.) No tienes qué temer. Dios me perdona, y ese ángel que Él nos ha dado será lazo de unión de nuestras almas. (Señalando á la casa donde se supone está el niño).

ANGELA. Sí, Miguel, ¡ese ha sido *el ángel de salvación* de nuestra vida! (Se abrazan ambos; quedan Pedro y Maria mirando con horror el cadáver de Enrique.)

FIN DEL DRAMA

PRECIO: 2 PESETAS

Esta obra se halla de venta en la librería de *Don Rafael G. Menor*, Comercio, 57, Toledo y en la *galería lírico-dramática* de los Sres. Hijos de *D. E. Hidalgo*, Libertad, 7, bajo, Madrid.